



CABALLEROS DE MALTA

UNA LEYENDA HACIA EL FUTURO



MARCELLO MARIA MARROCCO TRISCHITTA



Frey Andrew Bertie, Príncipe y Gran Maestre de la Soberana y Militar Orden de Malta.

CABALLEROS DE MALTA

UNA LEYENDA HACIA EL FUTURO

MARCELLO MARIA MARROCCO TRISCHITTA

Publicado por
la Asociación de Caballeros Italianos
de la Soberana y Militar Orden de Malta
Casa di Rodi - Piazza del Grillo, 1 - 00184 - Roma
Cubierta de Giorgio Toffoletti

IV EDIZIONE

PRESENTACIÓN



s para mí una satisfacción aceptar la invitación que me ha dirigido la Asociación de Caballeros Italianos para que presente esta publicación preparada por el Barón Marcello Maria Marrocco Trischitta, Caballero de Honor y Devoción, Delegado para las Comunicaciones por el ACISMOM.

Una iniciativa loable cuya necesidad se advertía desde hacía tiempo y que, a mi parecer, merece una atención especial. Un título sugestivo para un tema apasionante: “Caballeros de Malta, una leyenda hacia el futuro”. Ojeando estas páginas de lectura fácil y agradable, se pueden revivir, en una rápida síntesis, las vicisitudes de la Orden de San Juan a lo largo de sus primeros mil años de historia.

Desde Palestina hasta la conquista de Rodas, desde el asedio de Malta al confuso período que siguió a la pérdida de la isla, hasta las entusiasmantes perspectivas indicadas en las “Estrategias Futuras” y hasta la reciente y prestigiosa meta de Observador Permanente en la ONU, el lector es invitado a participar en uno de los eventos más fascinantes del Occidente cristiano.

Una obra divulgadora, pues, que a la memoria de un glorioso pasado, une indisolublemente los programas que la Orden se propone al comienzo del segundo milenio, subrayando su vitalidad y la voluntad de seguir fiel a su tradición. “Tuitio fidei et obsequium pauperum”: una ocasión para confirmar una vez más la fidelidad a la misión indicada, hace ya diez siglos, por el Beato Gerardo. Confío en que este trabajo contribuya a reforzar el fervor y la disponibilidad de los Caballeros e induzca a cuantos forman parte de la Orden a captar la palpitante actualidad de sus ideales y a hacer suya la defensa de los principios cristianos.

Roma, Palacio Magistral 24 de junio de 1995

Frà Andrew Bertio

INTRODUCCIÓN



asi mil años de historia. Diez siglos al servicio de la humanidad. Fundada en Jerusalén a principios de la Edad Media, hoy sigue mostrándose activa y vital y es conocida universalmente como Soberana y Militar Orden de Malta. Fiel a sus tradiciones, ha hecho que la razón de su propia existencia sea siempre actual, consiguiendo llegar a los umbrales del 2000 con nuevas estrategias y extensos programas para el futuro.

Desde la epopeya en Palestina hasta las audaces correrías en el Mediterráneo, desde los asedios en tierra firme hasta las batallas navales, sus Caballeros han escrito páginas admirables de historia en defensa de la Cristiandad. Fueron indomables defensores de la Fe durante siglos, pero cuando el valor y el arrojo del soldado dejaron de ser necesarios, volvieron de nuevo a su antigua y nunca descuidada misión. Allí donde los seres humanos sufrían, allí estaban ellos: desde los hospitales de Jerusalén hasta las enfermerías de Rodas y Malta, en los trenes que transportaron miles de heridos durante las dos guerras mundiales, con las víctimas de calamidades naturales, desde Mesina al Friuli, desde el Polesino hasta Hirpinia, incluso en la ensangrentada jungla de Vietnam y en Ruanda.

Al igual que en el pasado en la mítica “domus” de la Ciudad Santa, también hoy, los hombres de la “Sacra Milicia” que, desde el siglo XI, los convirtió en “Siervos de los Señores enfermos”, llevan a cabo su obra, cumpliendo la Regla, en los países destrozados por la guerra, en hospitales, en leproserías, en laboratorios para la lucha contra la diabetes, en los centros de asistencia para ancianos, con los grupos, cada día más numerosos, de peregrinos y enfermos impulsados por la devoción y la esperanza hacia los santuarios de todo el mundo.

Son personas de nuestro tiempo y no residuos superados de un mundo anacrónico e inútil. Unen el empeño y la presencia actual al respeto por un pasado legendario, y su Cruz constituye el símbolo del altruismo y de la caridad cristiana.

El Autor

PALESTINA



En el mes de julio del año 1099, cuando los cruzados conquistan Jerusalén, en las cercanías del Santo Sepulcro, encuentran un hospital regido por una comunidad religiosa que se inspira en la regla de San Benito. Aquellos monjes, que eligieron como patrono a San Juan Bautista, visten túnica negra y llevan en el pecho una cruz blanca semejante a la de Amalfi. Al parecer, fueron unos ricos mercaderes de la antigua república marinera los que, años antes, obtuvieron del Califa de Egipto el permiso de construir, en el barrio latino de la Ciudad Santa, una iglesia, un convento y un hospital en el que se asistiera a peregrinos de cualquier raza o religión. Los orígenes de esta institución han sido objeto de numerosas discusiones, pero la opinión más común, y también la más aceptada, considera que aquellos hombres constituyen el primer núcleo de la Orden de San Juan.

Los Hospitalarios hacen su aparición en el escenario de la historia durante las jornadas de la conquista de Palestina. Los cruzados, agotados por la dura marcha hacia Jerusalén y por el largo asedio, encuentran cuidados y alivio en el hospital. La fase siguiente es una etapa histórica muy difícil para los cristianos en Tierra Santa. La nobleza llegada de Europa para liberar el Santo Sepulcro parece estar más interesada en satisfacer su sed de conquista que en confirmar las razones inspiradoras de la cruzada, luchando con frecuencia entre sí en extenuantes conflictos.

Los musulmanes, después de un breve período de desbandada, reaccionan con contundente determinación, lo cual exige disponer de hombres adiestrados en las armas y dispuestos a empuñarlas en cualquier momento. Personas para quienes la guerra sea no solamente un oficio sino, sobre todo, una misión. Los relatos de cuantos fueron asistidos atenta y afectuosamente, hicieron famosos a

aquellos monjes en toda Europa. El 15 de febrero del año 1113, el Papa Pascual II envía una Bula a Frey Gerardo, superior de aquella comunidad, con la que aprueba y hace oficial la institución del Hospital, concediendo a sus miembros la facultad de elegir a sus propios "Maestres". La Iglesia de Roma sanciona, pues, el nacimiento de una nueva Orden religiosa que en poco tiempo va a conseguir tal notoriedad que va a ser denominada "Sacra Religión".

Otras Órdenes de Caballería nacen también en aquellos años, adquiriendo poder y prestigio. Con la muerte de Frey Gerardo se produce para los Hospitalarios un cambio histórico definitivo. Este monje, considerado por algunos amalfitano y francés por otros, es una figura de gran interés para la historia de la Orden, la cual, ya desde sus orígenes se substrajo a la jurisdicción de los obispos y demás autoridades eclesiásticas.

Al contrario de sus antecesores que habían socorrido a mercaderes y a pobres en busca del perdón divino, Gerardo vive las jornadas de la victoria cristiana y entra en contacto con los grandes capitanes de Occidente. Tras la conquista de Jerusalén, Godofredo de Bullón, ofrece al Hospital una primera donación, a la que seguirán otras. Disminuida la tensión de la última batalla, el sentimiento religioso resurge y muchos cruzados solicitan hacerse Hospitalarios: se amplían las filas de la que muy en breve se va a convertir en la Sacra Milicia.

A Gerardo le sucede Frey Raimundo Despuig, el cual se denomina "Maestre" y confía a sus hermanos una nueva tarea: garantizar a enfermos y peregrinos, no sólo cuidado y asistencia, sino también defensa armada.

El nuevo Maestre adopta como emblema definitivo la cruz blanca de ocho puntas, símbolo de las ocho Bienaventuranzas del Sermón de la Montaña y sanciona el cambio: aquellos hombres, aun permaneciendo fieles a los votos de pobreza, castidad y obediencia, vestirán la cota de malla y ceñirán la espada. El Hospital asume el carácter de Orden de caballería pero, al mismo tiempo, conserva la condición de religioso. Se convierte en militar, pero, no obstante, entre ésta y otras instituciones semejantes, existen diferencias substanciales. Los Templarios o los Teutónicos acogerán bajo sus enseñanzas gentes de armas que quieren dar una significado a sus empresas bélicas y que desean poner su arrojo y valentía al servicio de la Fe. Los Hospitalarios, en cambio, son personas tocadas ya por el Verbo Divino, entregados a obras de misericordia, consagrados al altruis-

mo y que, en aras de este ideal, deciden vestir las armas. Se trata de una diversidad de importancia histórica y política determinante, que contribuye a dar una explicación de las razones por las que, a diferencia de las otras, la Orden de San Juan haya sido capaz de superar infinitas dificultades y de llegar a nuestros días con sus prerrogativas y su fascinación peculiar.

La permanencia de los Jerosolimitanos en Palestina va a durar doscientos años. Dos siglos de batallas, asedios, tratados, asechanzas, misiones diplomáticas, durante los cuales los cristianos gozaron solamente de algunos breves períodos de paz. Superada la fase organizadora, los Hospitalarios van a adquirir una importancia cada vez mayor en las vicisitudes del reino de Ultramar y su capacidad encuentra elocuentes testimonios, incluso en las narraciones de los cronistas musulmanes. El mismo odio inextinguible que los infieles nutren hacia los Caballeros Hospitalarios es una demostración del papel que desempeñaron en Tierra Santa. He aquí uno de los muchos ejemplos que pueden ponerse. Al día siguiente de la desafortunada batalla en los Cuernos de Hattin, en que las armas de Occidente fueron derrotadas duramente por Saladino, su ayudante de campo Imad-Ad-Din describe la matanza de prisioneros ordenada por el Sultán, el cual, a la vista de los Hospitalarios, se olvidaba de su proverbial generosidad.

Con el pasar del tiempo, las filas de los cruzados iban disminuyendo paulatinamente y este hecho hacía cada vez más ardua la defensa del país. Para contener de alguna manera las continuas incursiones enemigas se construyeron diversas fortalezas, muchas de las cuales fueron encomendadas a los Caballeros de San Juan. Pero éstos no fueron estimados y apreciados sólo por su valentía. Los soberanos de Jerusalén se van a servir de ellos para solucionar difíciles controversias. Eran hombres de armas, pero también sabios y avisados consejeros, educados en la escuela del servicio al prójimo y ajenos a intereses que caracterizaron en cambio las actividades y los comportamientos de otras Ordenes de caballería.

Es difícil reconstruir las grandes vicisitudes militares de Tierra Santa. En 1153, los Hospitalarios contribuyen a la conquista de Ascalona, se enfrentan en diversas ocasiones con el famoso caudillo Nur-El-Din, defendiendo Banyas, combaten en Egipto a las órdenes del Gran Maestre Frey Gilberto d'Assailly. En 1187, el mismo Maestre Frey Roger des Moulines cae en la batalla de los Cuernos de Hattin contra Saladino y centenares de Hospitalarios cayeron en

la defensa de Jerusalén que reconquistó el Sultán el 2 de octubre del mismo año. Pero, a pesar de las pérdidas, los musulmanes los encuentran siempre frente a ellos.

Dirigida por Ricardo Corazón de León, la tercera cruzada parece aliviar en 1191 la suerte de las armas cristianas y los Caballeros del Hospital acuden en defensa de Trípoli, de Antioquía, del reino de Armenia adonde son llamados para defender la guarnición y fortaleza de Seleucia. El 12 de julio del año 1191 el soberano inglés llegó a conquistar San Juan de Acre, pero por una serie de contrastes con los demás caudillos cruzados, en octubre del año siguiente deja Palestina. Batallas y más batallas. Durante la quinta Cruzada los Hospitalarios participan en la conquista de Damietta, que cae el 5 de noviembre de 1219. Es una victoria importante, pero que no cambia la situación en Tierra Santa.

En 1229 Federico II de Suabia obtiene pacíficamente Jerusalén de parte del Sultán de Egipto, pero se trata de una breve tregua. En 1246 los musulmanes atacan la ciudad exterminando a sus habitantes, y en Gaza infligen una dura derrota a sus adversarios. Es inútil la desesperada resistencia de la Sacra Milicia, cuyo Maestre, Frey Guillermo de Chateauneuf, es hecho prisionero.

La expedición de Luis IX, rey de Francia, no cambia la suerte del reino. En 1249 los cruzados atacan y ocupan una vez más Damietta, pero el ejército del soberano francés es desbaratado el 6 de abril de 1250 en Al Mansurath. El valor no es suficiente para conseguir la victoria y Luis IX se ve obligado a restituir Damietta.

Cada vez es mayor el número de fortalezas confiadas a los Caballeros de la Cruz blanca. Siguen teniendo lugar encuentros y empresas memorables. Los turcos han hecho ya un frente común y las fuerzas militares en campo son más desiguales cada vez. El Sultán de Egipto, en 1268, emprende una ofensiva masiva y son conquistadas Haifa y Antioquía. Al mismo tiempo, el cerco de los infieles se estrecha de Norte a Sur. El 23 de marzo de 1271 cae el Krak de los Caballeros: aquel formidable castillo tampoco resiste el asalto de las tropas del Sultán Bairbas. Pasan pocos años y en 1285 Qalawun, el nuevo Sultán de Egipto, ocupa Margat, otra fortaleza del Hospital. A los supervivientes de tantas guerras no les llega ninguna ayuda de Occidente. En Europa, el espíritu cruzado parece estar adormecido y el final de la empresa en Tierra Santa es inevitable.

En 1289 Qalawun asedia Trípoli de Siria. Sobre las murallas de aquella ciudad, los Hospitalarios caen también en gran número.

El último enfrentamiento sucede en Acre, sede del Hospital, en la primavera de 1291. Al frente de ellos se encuentra el Gran Maestro Juan de Villiers. Decididos a expulsar a los infieles de su propia tierra, los musulmanes asedian la ciudad: la superioridad de su ejército es tal que hace imposible cualquier intento de resistencia.

Pero los Hospitalarios no tienen intención de ceder. Tolemada representa para ellos el último baluarte en el que dar testimonio de la propia fidelidad a la Regla y de su disponibilidad al supremo sacrificio. El informe de aquella jornada, llegado hasta nosotros gracias a algunos cronistas, es increíble: realizaron prodigios de valor, pero todo fue inútil. Cuando cede la última resistencia, los pocos supervivientes conducen en las naves, a salvo, a los enfermos y al propio Gran Maestro, gravemente herido.

La aventura en Palestina concluye dramáticamente para los ejércitos cristianos. Y al mismo tiempo que la historia de las Cruzadas se cierra con un doloroso epílogo en una playa ensangrentada del Mediterráneo, los Caballeros del Hospital se hacen a la vela rumbo a Chipre: su porvenir está ya en la mar.

RODAS



El movimiento cruzado pierde, con la caída de Acre, gran parte de su validez como proyecto político. Cuando en 1187 Jerusalén fue conquistada por las tropas de Saladino, se produjo en todos los estados cristianos una reacción inmediata y de carácter psicológico y militar. En 1291, en cambio, la noticia de la toma de Tolemaida provoca dolor e indignación, pero no sorpresa. La gravedad de la situación era conocida desde hacía tiempo, y la pérdida de Tierra Santa, por muy dramática que fuera, fue recibida por todos como algo inevitable. Profundas rivalidades entre los diversos soberanos laceraban Europa, y el fervor religioso no era ya suficiente para impulsar hacia Oriente a príncipes y reyes. Solamente el Papa Nicolás IV trató de expresar en acciones concretas, aunque inútilmente, su profundo dolor por la derrota.

Pero si Europa podía postponer la solución de los problemas relacionados con la herencia del reino de Ultramar, para las Órdenes militares comenzaba un período de grave incertidumbre. Incapaces de desarrollar su propia actividad institucional, veían desmoronarse la razón misma de su fundación. La Guerra contra los infieles, motivo básico de la creación de las órdenes militares, estaba desapareciendo.

Un fenómeno interesante en la historia de la Iglesia, que corroboraba una vez más cómo había sabido integrarse en la sociedad guerrera de aquel tiempo. El nacimiento de aquellas instituciones había demostrado que, de ser un episodio, en parte casual, las Cruzadas habían asumido las proporciones de un problema que implicaba la conciencia cristiana incluso a nivel de pensamiento, de organización y de disciplina eclesiástica.

Ricas y poderosas, con sus Encomiendas diseminadas por todas las naciones, agobiadas por problemas que la constante actividad

militar había mantenido escondidas, las ordenes de caballería daban la impresión de ser como gigantes en busca de una bandera y listas para ponerse al lado de quien hubiera solicitado su intervención y su ayuda a favor de una causa plausible y aceptable. Eran los nuevos protagonistas en el escenario de una Europa cristiana de equilibrios difíciles y precarios. Los Hospitalarios, trasladada la sede de su Convento y del Hospital a Chipre, sienten la necesidad de reorganizarse y de pensar en el futuro. La isla en la que junto con los Templarios habían encontrado hospitalidad, se muestra muy pronto un ámbito demasiado estrecho y los Jerosolimitanos se dan cuenta de que en aquella situación su independencia corre el riesgo de ser insidiada. Los años de permanencia en Chipre constituyen un interesante período de estudio y reflexión. Reunidos por dos veces en Capítulo General, los hombres del Hospital analizan la situación preparando la estrategia de su futura acción. Las propiedades esparcidas por toda Europa y las riquezas de las diversas Encomiendas empiezan a suscitar intereses y codicia que podrían determinar situaciones peligrosas. Por eso la posesión de esos bienes debe ser justificada cuanto antes en la actividad militar y hospitalaria. Hay que reorganizarse y volver a combatir.

La ocasión propicia se presenta en el 1306. Vignolo de Vignoli, un aventurero genovés al servicio del emperador de Bizancio, Andrónico II Paleólogo, que había obtenido del soberano un contrato de arriendo de las islas de Kos y de Leros, propone al Gran Maestre Folco de Villaret conquistar juntos todo el Dodecaneso y pide quedarse para sí solamente un tercio del territorio. Los Hospitalarios comprenden que aquella oferta es la deseada solución de sus problemas. El momento político sugiere a la Orden cimentar lo antes posible la propia soberanía y emprender cuanto antes las actividades. No pudiendo combatir ya a los musulmanes en tierra firme, la mar se convertiría para la Religión en teatro de su acción. Y como base operativa, Rodas era lo mejor en que se pudiese pensar. Lugar de encuentro entre las rutas de Occidente y de Oriente, ofrecía puertos naturales donde proteger las naves a las que el clima y los vientos permitirían moverse con facilidad. Características magníficas para la que se convertiría en el cuartel general de la milicia de San Juan.

La situación en conjunto aparecía igualmente favorable, en ciertos aspectos. Rodas era oficialmente un dominio del emperador de Bizancio, pero éste daba a entender claramente que no se opondría a una eventual ocupación por parte de los Hospitalarios. Ade-

más la isla, desde hacía tiempo, llamaba la atención de los musulmanes y muchos núcleos sarracenos se iban asentando en ella rápidamente. Se trataba, en definitiva, de emprender una acción contra el eterno enemigo de la Cruz que amenazaba con apoderarse de un importante baluarte.

Folco de Villaret decide la gran aventura y comienza los preparativos para organizar una flota compuesta por naves de la Orden y genovesas. La expedición es planeada en Chipre, pero es en Italia donde se organiza.

Las naves zarpan del puerto de Brindis al sur de l'Italia, haciéndose a la vela rumbo a la isla donde embarcan a todo el personal con equipajes y enseres de todo tipo. Es una operación que presenta problemas logísticos bastante complejos, porque además de lo que había sido traído de Tierra Santa, los Hospitalarios habían residido en Chipre y después de la pérdida de Palestina, eran muchos los recursos que habían llegado de todas las Encomiendas de Europa. La empresa que estaba a punto de empezar no admitía indecisiones y debía ser dirigida con máxima prudencia y, al mismo tiempo, con determinación.

A principios de verano la flota arriva a Rodas y los Caballeros empiezan las operaciones. Para completar la conquista van a ser necesarios algunos años, pero el 15 de agosto de 1310, el estandarte rojo de la Religión ondea en toda la isla. Para la Orden de San Juan es el comienzo de uno de los períodos de mayor esplendor y gloria.

Superadas las primeras dificultades, los Caballeros encuentran en Rodas la tierra ideal. La disponibilidad y la cordialidad de los habitantes, el clima y la posición geográfica facilitarán su renacimiento. La Orden demuestra muy pronto cualidades que en Palestina no había sido capaz de manifestar del todo, e incluso desde el punto de vista cultural, los intereses iban a ser muy diversos respecto a los cultivados en Tierra Santa. Obligados a defenderse continuamente, los Grandes Maestres supieron suscitar notables atenciones sobre su nueva patria, conscientes de la necesidad de hacer de la Sacra Milicia la expresión concreta de una cruzada que no recurriese solamente a las armas para defender principios e ideales.

Rodas se convertiría muy pronto en punto de referencia de capital importancia y estaría siempre en el centro de dos consideraciones diversas. Para las potencias europeas Rodas va a constituir esencialmente una base militar de gran importancia estratégica, mien-

tras que para la Iglesia y el mundo cristiano va a ser la vanguardia de una esperanza: mientras la bandera de la Cruz blanca en campo rojo ondeara en aquella tierra, el sueño de un retorno a Palestina no debía considerarse del todo desvanecido.

Situada entre Oriente y Occidente, la isla representa también, desde un punto de vista romántico, el escenario de toda una época. Es la nueva patria de los soldados de la Sacra Milicia de Cristo, que desde las Cruzadas es todavía capaz de actualizar y profundizar su razón de ser. El Hospital se convierte en poco tiempo en una potencia marítima y, no pudiendo encontrar en la cantidad de naves la propia fuerza, encomienda a la calidad de los barcos y a la valentía de los capitanes y de las tripulaciones el secreto de su éxito.

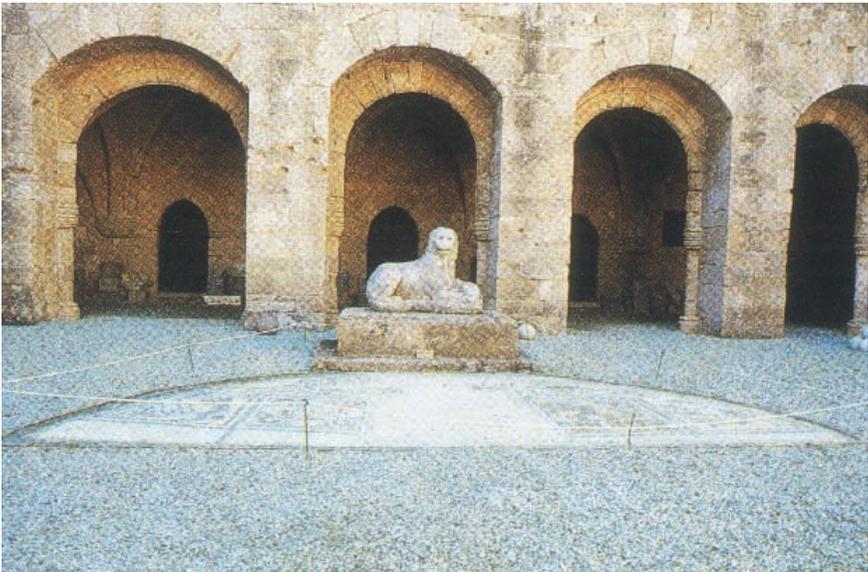
El interés por la mar databa de una época anterior al establecimiento en Chipre. Disponer de naves propias fue una exigencia advertida ya en los últimos años de permanencia en Tierra Santa, sobre todo después del traslado del Hospital a Acre convertida, en aquella fase de las hostilidades, en puerto de gran importancia estratégica además de mercantil. Hay que considerar, por otro lado, que la misma evacuación, realizada en condiciones difíciles, fue posible gracias al empleo de una flota eficiente.

Con la clarividencia que caracteriza constantemente su historia, los Hospitalarios habían afrontado desde hacía tiempo el problema de la presencia en la mar y las primeras noticias que se tienen sobre embarcaciones de su propiedad datan del 1230. El primer navío armado de la Orden fue muy probablemente el llamado “Compette”, capaz de transportar hasta 1.500 hombres más la carga. A bordo estaba prevista la presencia, además de la tripulación y de los remeros, de tres Caballeros: el capitán, el comendador de la nave y un tercero al que se le confiaban los abastecimientos. La necesidad de disponer de naves de guerra surge con el traslado a Limassol, en la isla de Chipre. El deseo de no perder del todo los contactos con Palestina y la esperanza de un retorno a aquella tierra fueron, al principio, las razones de una decisión que habría sugerido luego a los Caballeros de San Juan una nueva estrategia.

A pesar de las muchas dificultades, el desarrollo de la flota debió verificarse muy rápidamente, pues en el 1299, pocos años después de la caída de Acre, se menciona en los reglamentos el cargo de Almirante. En aquel año, en efecto, se habla de un monje, Folco de Villaret, que cinco años después sería elegido Gran Maestre y desempeñaría un papel determinante en la nueva organización de la



El hospital de Rodas, construido por el Gran Maestre Frey Juan de Lastic.



El Patio del Hospital, una de las mejores instalaciones sanitarias de su época.

Orden y en su traslado. El 5 de noviembre de 1300, el Capítulo General dicta las primeras disposiciones del cargo. El propio Almirante iba a ser elegido, cinco años más tarde, Gran Maestro y a desempeñar un papel de la máxima importancia en la nueva organización de la Orden.

El asentamiento Hospitalario no es grato a los musulmanes que no tardan en atacar al antiguo enemigo; y en la primavera de 1310 se presentan con una flota en aguas de la isla. Las condiciones de defensa son tan precarias que no permiten rechazar con éxito el asalto, pero la intervención de Amadeo V, conde de Saboya, permite afrontar al adversario que se bate en retirada. Rodas queda a salvo y se inician los trabajos para convertirla en una fortaleza.

En Occidente, entre tanto, los ideales de las Cruzadas parecían ir despertando lentamente y de cada nación de Europa comenzaron a llegar jóvenes deseosos de vestir el hábito de San Juan. La nobleza de Francia, España, Italia, Portugal e Inglaterra mandaba a sus hijos segundones a militar bajo las banderas de la Sacra Milicia y en 1319, durante el Capítulo General convocado en Montpellier por el Gran Maestro Frey Elione de Villeneuve, se decidió reunir a los Hospitalarios en compañías correspondientes a sus países de origen. Estos grupos se llamaban “Lenguas” y tenían por jefe un “Pilier”, al que por derecho correspondía un cargo en el gobierno. Inicialmente se instituyeron las de Provenza, Auvernia, Francia, Italia, Aragón, Inglaterra (con Escocia e Irlanda) y Alemania. Más tarde, en 1462, Castilla y Portugal se separaron de la Lengua de Aragón y constituyeron la octava. Cada Lengua comprendía Prioratos o Grandes Prioratos, Bailías y Encomiendas.

A medida que la Orden se iba fortaleciendo, menudearon los ataques de los otomanos con la intención de eliminar del Mediterráneo al enemigo. En 1312 toda una flota naval conquista Amorgo, una isla desde la que los musulmanes podían amenazar más fácilmente a los Caballeros. El Gran Maestro Folco de Villaret dirige el desembarco y la expulsión del enemigo.

En el 1318 con un movimiento a sorpresa asaltan Kos fortificada poco tiempo antes. Están a un paso de Rodas, pero el comandante de las galeras Frey Alfredo III de Schwarburg, en una acción rapidísima, obliga a los adversarios a abandonar las posiciones ocupadas.

Naves turcas atacan Kios en 1319 y Rodas en 1320. En ambos casos, las fuerzas sanjuanistas son inferiores, pero el enemigo es rechazado y gran parte de sus naves capturadas.

A pesar de los numerosos reveses, los musulmanes no desisten y su presencia en el Mediterráneo se hace cada vez más amenazadora. A lo largo del siglo XIV la situación general es cada vez más compleja. Los pequeños estados cristianos de Siria terminan por ser eliminados por la ofensiva de los soberanos mamelucos de Egipto quedando en manos occidentales solamente Chipre y Rodas, mientras los turcos empiezan a dirigir su atención hacia Europa.

En la isla los Caballeros trabajan sin descanso para construir bastiones y torres, iglesias y residencias. Rodas se convierte en una ciudad fortificada pero, al mismo tiempo, elegante y confortable. Mientras tanto, las veloces galeras realizan continuas correrías: insidían las rutas comerciales de las naves de la Medialuna llegando con frecuencia a amenazar, con golpes de mano, a las poblaciones de la costa turca.

Son años de gran fervor, durante los cuales el Hospital refuerza su estructura organizadora. De 1396 a 1437 los Grandes Maestres Filiberto de Naillac y Antonio Fluviá, dedican medios y energías para aumentar la capacidad defensiva de su fortaleza, convencidos de que Rodas tendrá que afrontar cuanto antes ataques mucho más agresivos que los sufridos hasta aquí. Una obra de fortalecimiento para la que el Gran Maestre Antonio Fluviá ofrecerá sus riquezas. Con su herencia se levantan iglesias y se construye un nuevo hospital.

El enemigo no se hace esperar. En 1440 los egipcios desencadenan una violenta ofensiva pero los Caballeros, guiados por el Gran Maestre Juan de Lastic llegado providencialmente de Europa, los rechazan en una sangrienta batalla al final de la cual persiguen a las naves enemigas hasta las costas de Anatolia. En 1444 son los turcos quienes intentan una empresa semejante, pero fallan asimismo en su intento.

Fue sin duda el período en el que la actividad militar prosigue sin pausa, teniendo presente que las naves de la Religión participan también en todas las expediciones que las naciones católicas, exhortadas por los sucesivos Pontífices, organizan de vez en cuando contra el Islam. En 1453 Mohamed II conquista Constantinopla y la Cristiandad, aterrorizada, dirige su mirada hacia Oriente donde, en pocos años, el sultán turco ocupa el Peloponeso, Trebisonda, Mitilene, Eubea, parte de Albania, las colonias genovesas de Crimea, somete Serbia e impone tributos a muchas naciones. Para interceptar su marcha hacia Europa queda solamente una isla. Un pequeño obstáculo que puede ser fácilmente superado y Mohamed II declara que al ene-

migo que ose desafiar el poder de la Medialuna, convendrá darle una solemne lección que sirva de advertencia para todo el Occidente. Una amenaza que no tarda en llevar a la práctica. En el alba del 23 de mayo de 1480 ciento sesenta naves hacen su aparición frente a Rodas y cien mil hombres desembarcan rápidamente, arrastrando un número de cañones jamás visto antes. Así iba a empezar uno de los asedios más grandes de la historia.

El Gran Maestre Frey Pedro d'Aubusson había previsto desde hacía tiempo los movimientos del enemigo y ordenando la movilización de todas las fuerzas a su disposición. Envío mensajeros a los príncipes europeos pidiendo hombres y medios, pero obtuvo solamente promesas y respuestas evasivas. La única ayuda se la llevó un italiano, Benedetto della Scala, que se presenta al frente de un contingente de hombres armados por su cuenta. Con él está también el hermano del Gran Maestre, Antonio d'Aubusson.

Los turcos no pierden tiempo. Con el fin de desmoralizar a los rodesinos, atacan también a la población con una verdadera lluvia de proyectiles, pero con mucha anticipación habían sido preparados los refugios para proteger a los niños, los viejos y los enfermos. El 24 de mayo, concluido el masivo bombardeo, los comandantes ordenan el primer asalto. Están convencidos de que darán rápida cuenta de los asediados, pero la tenacidad de los Cristianos desmiente las fáciles previsiones del sultán y el asedio se prolonga dos meses. El 27 de julio los musulmanes desencadenan lo que en sus planes debía ser el ataque definitivo. Más de 3.500 proyectiles caen sobre la ciudad a lo largo del cañoneo que duró varias semanas y que en algunos puntos redujo a escombros la muralla que circundaba la ciudad.

Contra aquellas brechas el comandante de la infantería, el renegado Nisha Paleólogo, emplea sus mejores tropas: 2.500 jenízaros y varios miles de soldados rodean la Torre de Italia y plantan en las rocas altas el estandarte del profeta. Todo parece perdido, pero la reacción es inmediata. Guiados por el Gran Maestre, los Caballeros afrontan, en un cruento cuerpo a cuerpo, al enemigo que finalmente, se ve obligado a retroceder. A pesar de las numerosas heridas recibidas, Frey Pedro d'Aubusson no se cansa de exhortar a los suyos a rechazar a los adversarios que vuelven a la carga una y otra vez. Una jornada sangrienta cuyo éxito, junto con la noticia de una inminente llegada de refuerzos, induce al Pachá Paleólogo a renunciar a la empresa. La arrogancia musulmana se ha estrellado contra aquella pequeña isla. Europa puede mirar con renovada espe-

ranza a la Sacra Milicia, como el único baluarte contra el Islam. Mohamed II debe admitir amargamente que un puñado de hombres ha logrado derrotar al imperio de los Osmanes. Una derrota de la que no se resignará nunca y que será recordada en su tumba, sobre cuya lápida mandó escribir: “Deseo conquistar Rodas e Italia”. Al día siguiente de la victoria, los Caballeros se ponen nuevamente a la tarea de reconstruir la ciudad y los muros derruidos por la artillería. Su misión es la de combatir contra los infieles y saben que las ocasiones no van a faltar.

Por voluntad del Papa Alejandro VI, entre 1499 y 1503 se constituye una liga de la que forman parte Francia, España, Portugal y Venecia. La Orden une sus galeras a las naves de la armada cristiana: los proyectos son grandes, loables las intenciones pero moderados los resultados, pero, al final, la Orden será dejada sola para afrontar al eterno adversario. Los turcos, convencidos de que iban a sorprender a los Hospitalarios, intentan de nuevo la invasión de Rodas en 1503. Esperan aprovechar de la sorpresa, pero la respuesta inmediata les obliga a retirarse con grandes pérdidas. En Europa, mientras tanto, las continuas luchas entre varias naciones terminan por inducir a algunos estados a revisar su propia posición respecto al Islam y, en diversas ocasiones la Francia cristiana estrechará alianzas con los turcos. Venecia, preocupada por su comercio, mantiene también relaciones amistosas con Constantinopla y censura, a través de sus embajadores, la obstinada voluntad de los Caballeros de oponerse al enorme poder musulmán en el Mediterráneo, considerando exageradas ciertas preocupaciones suyas acerca del peligro de una eventual ofensiva contra el Occidente.

En 1520 sube al trono de los Osmanes Solimán II, un joven ambicioso y genial: para Europa será el Magnífico, para el Islam el Legislador, para los Hospitalarios un enemigo despiadado. Tiene ideas claras y su primer paso es el de conquistar Belgrado: dueño ya de Hungría puede amenazar fácilmente a Europa por tierra. El otro baluarte cristiano está en el mar: los Caballeros de San Juan no le permiten consolidar la supremacía de su flota y por tanto hay que eliminarlos. El destino del Hospital está decidido: Solimán ordena a sus generales que ataquen.

La noticia no sorprende al Gran Maestre Frey Felipe de Villier de l'Isle Adam que dispone de un total de seiscientos hermanos de orden y 5.000 hombres. Presintiendo el peligro había enviado peticiones de ayuda a todos los soberanos católicos, si bien ninguno estaba

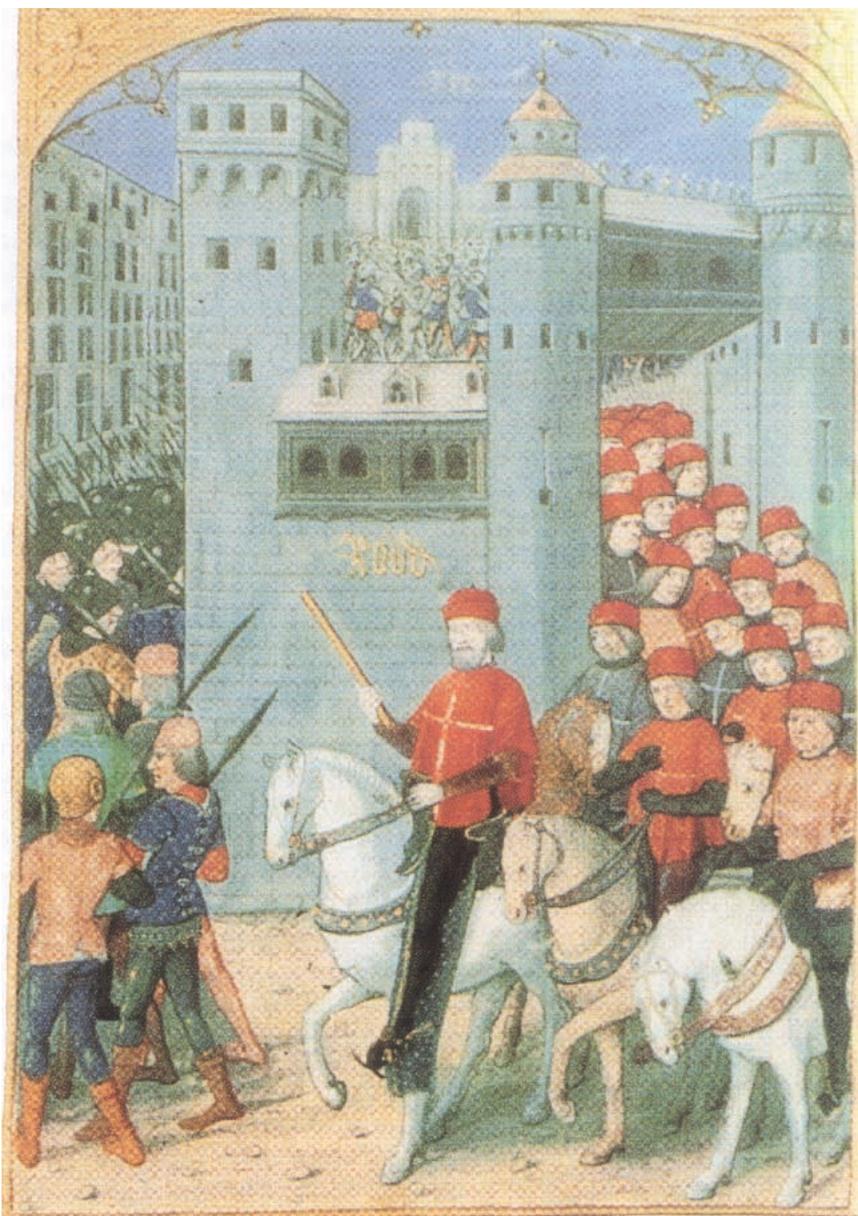
dispuesto a enviar refuerzos, ello significa que la Orden está sola frente al imperio otomano. En vano el Papa Adriano VI exhorta a los príncipes a acudir en socorro de los Jerosolimitanos. Sus llamadas quedan desoídas, mientras sobre la última fortaleza cristiana está a punto de abatirse una tempestad de fuego.

En la mañana del 6 de junio de 1522, los vigías de las torres sintieron dar un vuelco a su corazón al ver la flota que se venía delineando en el horizonte. Centenares de naves cargadas de soldados se acercaban lentamente. Reunidos los Caballeros, el Gran Maestre recordó en breves palabras la obligación asumida en el momento de vestir el hábito jerosolimitano: combatir a los infieles aun a costa de la vida y mostrarse dignos del privilegio de pertenecer a la Sacra Milicia.

Pero el espectáculo de las fortificaciones que se perfilaban en el cielo debía despertar también no pocas preocupaciones en las filas de los atacantes. Un doble cerco de murallas, engarzadas en el terreno y a pico sobre el agua, rodeaba la ciudad, y para reforzarla en los tres lados de tierra firme había un foso de sesenta a ciento cuarenta pies de profundidad. Las murallas de la ciudad tenían trece torres y la ciudad misma estaba dominada por el alto campanario de la iglesia de San Juan. Por todas partes había cañones dispuestos a hacer fuego.

Por lo que a determinación se refiere, el Gran Maestre dio una elocuente e inmediata demostración: Felipe De Villiers de L'Isle Adam ordena incendiar las villas y las residencias veraniegas para evitar que en los frondosos jardines, ricos en plantas exóticas, el enemigo pueda encontrar escondites. Y, para dar ejemplo, dispone que la demolición comience por su espléndida residencia. Aun dentro de los muros él adoptó la política de tierra quemada, en espera del adversario.

Mientras tanto, el nudo se va estrechando. Miles de esclavos desembarcan artillería de todos los calibres de las naves, y las colinas circundantes se llenan de estandartes y de tiendas de campaña multicolores. Cuando los turcos abren el fuego, la isla parece incendiarse. La artillería de los Caballeros responde, y las torres, refiere un historiador, parecen emerger de una nube de humo. Los otomanos tienen de su parte el número, la potencia, la formidable organización militar y el fanático desprecio de la propia vida y de la de los otros. Los caballeros Sanjuanistas el valor alegre de la Fe y el genio de un caballero: Gabriel Martinengo, el más famoso ingeniero de asedio de la época. Ha dejado Candia, donde estaba al servicio de la Serenísima, para unirse a sus hermanos y



El sitio de Rodas. Frey Pierre de Aubusson venera la imagen de nuestra señora de Filermo, Protectora de la Orden.

poner a disposición de la Orden cuanto su genial capacidad técnica le sugería.

El duelo de artillería se prolonga durante días y días ininterrumpidamente. El 26 de junio, las tropas otomanas se preparan para el primer asalto. A lo largo de las almenas los Caballeros de la Orden esperan al enemigo. Sobre las armaduras llevan la dalmática roja con la gran Cruz blanca. Sobresalen de entre la masa y son visibles incluso desde lejos. Su misma presencia, la vista de su uniforme son suficientes para irritar a los otomanos. Antes de ocupar su lugar en la muralla, han participado en la Misa en la Catedral de San Juan. Es un día como los demás, que ha comenzado con la celebración del rito divino. Pero en aquella mañana está con ellos todo el pueblo de Rodas. Pescadores, campesinos, gente sencilla que se aprieta en torno a aquellos hombres a los que han aprendido a estimar y que durante tanto tiempo han defendido su libertad, sus casas y que han hecho de su isla una patria respetada y temida.

En el campo turco existe el convencimiento de que el largo bombardeo ha debilitado la resistencia de los sitiados y no se excluye la posibilidad de que aquella sea la jornada decisiva. Precedidos por el ensordecedor estrépito de los tambores y de los gritos de los comandantes, miles y miles de turcos marchan hacia las murallas. Pero, recorridos algunos centenares de metros, aquella masa humana parece vacilar bajo los golpes de la artillería que abre entre sus filas vacíos espantosos. A pesar de la avalancha de fuego y de piedras que se precipita sobre ella desde lo alto, aquella masa hormigueante alcanza los bastiones e intenta la escalada. Es una verdadera matanza. A pesar de los gritos de estímulo y de las amenazas de los comandantes, el ejército se retira abandonando sobre el terreno, junto a miles de hombres, la esperanza de concluir rápidamente el asedio. Una jornada épica, al finalizar la cual los Caballeros dan gracias, en la catedral de San Juan, a la Virgen de Filermo, su protectora. En las calles, la gente festeja la victoria, pero el asedio acaba de comenzar y los otomanos volverán pronto al asalto.

Son numerosos los ataques de los doscientos mil hombres que asedian Rodas. Pero cada intento es en vano. Con el pasar de los días las tropas comienzan a negarse a combatir. Está en juego el prestigio mismo del Islam y para resolver la delicada situación, Solimán, informado de la situación, decide asumir personalmente el mando de la operación. El 28 de agosto llega con una nueva flota. Trae con-

sigo otros soldados y una artillería de una potencia desconocida hasta aquel momento.

A pesar de todo, Rodas resiste. El 4 de septiembre, los atacantes, con una mina, logran derrumbar una parte del bastión de la Lengua de Inglaterra y en torno a aquella brecha la lucha se hace encarnizada. Rechazado al precio de grandes sacrificios, el enemigo vuelve de nuevo el 24 de septiembre. Ésta va a ser una de las jornadas más dramáticas: los caídos del lado de los turcos son, según los cronistas de la época, quince mil. Una auténtica carnicería.

En la ciudad la situación es cada vez más grave. Las provisiones comienzan a escasear y la gente está extenuada, mientras de Constantinopla continúan llegando refuerzos. Siguen días difíciles para los asediados. Al alba del 17 de diciembre, Solimán lanza el asalto decisivo. Después de horas y horas de lucha desesperada, los jenízaros superan las murallas, pero con un último esfuerzo, el Gran Maestre y sus supervivientes hermanos de religión, logran rechazarlos nuevamente. Es inútil ya continuar la lucha. Los rodesinos piden que se negocie una tregua con Solimán. Aun habiendo quedado reducidos a un centenar, los Caballeros rechazaron desdeñosamente una solución semejante, pero Frey Felipe Villier de l'Isle-Adam conoce el atroz destino que, en caso de ulterior resistencia, los conquistadores reservarían a la población. Profundamente impresionado por el valor de los adversarios, el Sultán recibe al Gran Maestre con gran deferencia. Sabe que Rodas está exhausta, pero no olvida que también su ejército está muy afectado y que la lucha podría durar todavía días y días. Y Solimán acepta las condiciones propuestas: la ciudad y la población serán respetadas, a los Caballeros se les consiente llevarse sus posesiones y les asegura el honor de las armas. Se permitirá, en fin, a los rodesinos que lo deseen, seguir a los Jerosolimitanos en su exilio.

El 24 de diciembre, después de seis meses de asedio, los turcos entran en Rodas y al alba del 10 de enero (según algunos cronistas la marcha tuvo lugar el 2), la Orden del Hospital deja la tierra que había sido su patria durante más de dos siglos. En las naves que salen lentamente a mar abierto, no ondea el rojo pabellón de la Religión, sino un paño blanco en el que se distingue, bordada en oro, la imagen de la Virgen con una inscripción: "Afflictis Tu spes unica". Una decisión dictada por la devoción profunda a la Madre del Salvador, y, al mismo tiempo, una denuncia contra la cristiandad que ha abandonado a sus hijos en el momento supremo.

SIN HOGAR



Después de muchas peripecias, a finales de julio la flota sanjuanista atraca en el puerto de Civitavecchia. Adriano VI es el único dispuesto a ofrecerle refugio. Los defensores de Rodas reciben una acogida triunfal. La flota pontificia, rinde honores a las naves de la Religión, mientras el Papa pone la ciudad a disposición del Gran Maestre para que sea la sede provisional de la Orden. Una propuesta inesperada, una hospitalidad generosa que abre esperanzas para el futuro. Frey Felipe de Villiers de l'Isle-Adam establece en Civitavecchia el Convento y el Hospital, y la base naval de los papas se convierte en la primera residencia de la Sacra Milicia después de la pérdida de Rodas.

A pesar de la disponibilidad de la Santa Sede, el Gran Maestre, sin perder un momento, decide evaluar todas las posibilidades para una organización nueva y adecuada. Sin abandonar la esperanza de volver un día a Rodas, se habla, entre otras posibilidades, de instalarse en el puerto de Suda, en la costa septentrional de Creta o en Cerigo, la más meridional de las Islas Jónicas, proyecto al que Venecia se opone inmediatamente: la Serenísima está unida a Constantinopla por acuerdos comerciales y políticos y teme la vecindad de los belicosos hijos de San Juan. Sondeos posteriores tienen en cuenta a Elba, Menorca, Ibiza, Heres, Ischia y Malta. Y, entre tantas, parece la solución ideal justamente esta última. Pertenece a la Corona de España y la decisión, en caso de cesión, corresponde a Carlos V.

Adriano VI muere el 1 de septiembre. Es una grave pérdida para los Caballeros: con el viejo Pontífice desaparece un aliado precioso. El 8 de octubre de 1523, mientras los cardenales están reunidos en cónclave desde hace varios días, una embajada parte para España. La encabezan el Prior de Castilla, Frey Don Diego de

Toledo y Frey Gabriel Tadino Martinengo, el ingeniero militar que en Rodas se cubrió de gloria, donde fue herido gravemente. Pasan pocas semanas; Roma y el mundo cristiano saluda a un nuevo Pontífice: Julio de Médicis sube al solio de Pedro con el nombre de Clemente VII. Mientras tanto, la labor de la embajada comienza a dar los primeros resultados. El Emperador propone Menorca, Ischia, Ibiza, Heres y Ponza, pero ninguna de estas islas parece satisfacer las múltiples exigencias de la Orden, al contrario de lo que sucede con Malta, que estaba incluida también entre las posibles sedes. La posición geográfica la convierte en un baluarte natural y, partiendo de esa base, los Caballeros podrán controlar todas las rutas de la flota turca que se mueve cada vez más libremente y cuya agresividad va en aumento. El soberano español no deja de lado estas consideraciones. A mediados de abril, llega Antonio Bossio con la primera propuesta a Viterbo, a donde se había trasladado el Convento. El Caballero que es uno de los enviados, expone la intención del Emperador de conceder Malta, Gozo y la base de Trípoli, pero señala también la dura contrapartida exigida. Las dos islas serán concedidas por Carlos V como feudo perpetuo, en su nombre y en el de sus sucesores, pero el Gran Maestre deberá prestar juramento de fidelidad al soberano. Esta condición era inaceptable. El juramento de fidelidad constituiría una grave violación de la Regla que impone la más rígida neutralidad en los conflictos entre estados cristianos y contrasta con las condiciones supranacionales de la Orden.

La primera reacción al proyecto imperial es negativa. Poco después y tras dos sesiones bastante animadas, el Capítulo decide tratar con el soberano y declara que acepta Malta y Gozo a condición de quedar libre de cualquier vinculación: la única obligación es una Misa que se celebrará cada año en acción de gracias por el beneficio recibido o el regalo de un halcón que se habrá de entregar el día de Todos los Santos al Virrey de Sicilia.

Respuesta audaz que hubiera podido provocar las iras del Monarca. Pero éste no se molesta y permite que una delegación visite la isla. Ocho caballeros, uno por Lengua, desembarcan en Malta y la inspeccionan minuciosamente. Una inspección que permite al Capítulo disponer de noticias precisas sobre las condiciones de la defensa y sobre los recursos locales. No obstante el estado de necesidad, los responsables no parecen dispuestos a tomar una decisión apresurada. Saben demasiado bien que el Islam no les dará tre-

gua y que apenas estén en su nueva tierra serán asaltados por la armada de Solimán. Se trata, además, de asumir una obligación de valor histórico frente a toda la cristiandad y es preciso conocer exactamente las dimensiones y la consistencia de los problemas económicos que tendrán que afrontar.

El primer contacto es decepcionante: Malta es grande, rocosa, inhóspita, no admite comparación con Rodas ni por clima, ni por belleza natural; y como expertos soldados, se dan cuenta de lo difícil que va a ser defenderla. Para fortificarla tendrán que invertirse cantidades ingentes y lo que está sucediendo en Europa en esos momentos afecta también a sus intereses económicos. En pocos años han perdido las posesiones de Alemania e Inglaterra; la Reforma y el cisma han creado graves problemas en la caja del Común Tesoro.

Mientras tanto, la peste les obliga a abandonar Viterbo. El 15 de junio de 1527 se reúnen en Corneto, una población poco distante, pero también el nuevo refugio se demuestra inseguro. Luego el 14 de noviembre, la flota echa anclas en el puerto de Niza, acogida por el duque Carlos III de Saboya. Es la tercera sede después de Rodas en la cual los caballeros van a permanecer cerca de dos años a la espera de acontecimientos.

Los embajadores, mientras tanto, continúan su labor, y en el año 1528, Frey Antonio Bosio trae finalmente la noticia de que el Emperador Carlos V ha decidido aceptar la petición formulada por el Capítulo General en mayo de 1524: el Emperador concede Malta desgravada de cualquier feudo, pero insiste en añadir la donación de la fortaleza de Trípoli. Un regalo del cual la Orden prescindiría gustosamente. Finalmente, el 23 de marzo de 1530, a un mes de la solemne coronación en San Petronio de Bolonia, durante un alto en Castelfranco Emilia, Carlos V firma la bula con la que asigna la isla a la Sacra Milicia. El Emperador acepta las propuestas del Capítulo General hechas en mayo de 1524 y entre una misa y un halcón, elige este último.

Algunos meses después, el 26 de octubre el Gran Maestre desembarca en Malta y toma solemnemente posesión de la misma. Han transcurrido siete años desde el momento en que, en una gris mañana invernal, los Caballeros Hospitalarios dejaron Rodas. Para los Caballeros de San Juan de Jerusalén, llamados de Rodas y desde ahora también de Malta, se inicia otra fase importante de su trayectoria histórica.

MALTA



rida, rocosa, casi sin vegetación, Malta somete de inmediato a dura prueba la tenacidad y el espíritu de sacrificio de sus nuevos propietarios. Los recursos naturales eran modestos y mediocres las condiciones de defensa. El primer balance que los Sanjuanistas se ven obligados a hacer de su nueva patria es descorazonador, pero durante los dos siglos de permanencia en Rodas han adquirido una mentalidad marinera y la larga experiencia no deja de sugerir soluciones a los numerosos problemas que se les plantean.

Las condiciones de la costa son el único elemento positivo: dos ensenadas amplias y profundas pueden recibir numerosas naves de notables dimensiones y tonelaje. Dos puertos que son capaces de ofrecer de inmediato un refugio muy adecuado a la flota, permitiéndole maniobrar con facilidad. Una cuestión determinante es la que se refiere a los navíos de guerra, si se tiene presente que, sobre todo en los primeros tiempos, la defensa de la isla va a ser confiada también a la flota, ya que, en caso de ataque, las fortificaciones disponibles no constituían un obstáculo consistente.

Son innumerables las empresas realizadas en los años siguientes. Un período durante el cual la Orden parece adquirir cada vez más conciencia del papel que está llamada a desempeñar. Las acciones de sus capitanes van a enriquecer la historia, no sólo por la importancia militar de cada uno de los episodios en particular, sino porque dan testimonio constante del empeño de todos los miembros de la Orden en el cumplimiento de sus obligaciones institucionales.

Desde los primeros meses se había comenzado a trabajar sin descanso y si desde un punto de vista estratégico la isla tenía una posición muy valiosa, pese a los esfuerzos que se habían hecho, no

se llegaba a fortificarla totalmente. Era extraño que los turcos no hubiesen hecho de ella desde hacía tiempo una propia fortaleza; la única respuesta plausible a esta consideración era la absoluta convicción de la Medialuna de no tener rivales en el Mediterráneo. Era inútil, por tanto, comenzar una empresa tan costosa y compleja como la que los Caballeros se estaban preparando a llevar a cabo.

El 21 de julio de 1547, mientras las naves se hallaban ocupadas en una misión, el corsario Dragut, uno de los más hábiles y temibles capitanes turcos, en su audacia llega a desembarcar en la isla con un grupo de soldados y a capturar trescientos malteses. Es difícil decir si se trató de un acto de valor o de una acción demostrativa. La empresa de Dragut indicaba que, aunque empeñado en aquellos años en conquistar Europa del Este, el Islam no renunciaba a considerarse dueño del Mediterráneo y a advertir al eterno enemigo que Malta seguía siendo un objetivo contra el cual habría usado muy pronto sus garras.

De otras muchas formas, Solimán y sus almirantes dejaron entender claramente que, tarde o temprano, también Italia entraría en sus ambiciones de conquista. En 1550 Massa y Sorrento son asaltadas y saqueadas varias veces en los años sucesivos. Naves musulmanas remontan la corriente del Tíber, avanzando hasta casi las puertas de Roma. En los primeros meses de 1564 las noticias que llegan de Constantinopla indican que Solimán está a punto de lanzar su armada en una nueva y grandiosa empresa. El viejo sultán posee un imperio inmenso, pero ahora tiene entre manos un proyecto que realizar: conquistar Roma, la capital de la cristiandad. Un sueño que no se atreve a confesarlo ni a sí mismo, pero que le obsesiona desde hace tiempo. Y entre la Manzana Roja, como llaman los turcos a Roma, y su cimitarra está ya solamente la isla de los caballeros: una base desde la cual los Sanjuanistas pueden hacer salir sus naves para cumplir veloces y mortíferas incursiones. Un armada que tuviere por objetivo Italia no podría dejarse a la espalda aquella base sin correr el grave riesgo de ver cortados sus abastecimientos. Una fortaleza que hay que conquistar a toda costa: una ocasión para eliminar de una vez para siempre a los Caballeros Hospitalarios. Incapaces de llegar a un acuerdo, permanentemente divididas por intereses y celos de todo tipo, las potencias cristianas no escuchan las exhortaciones del Papa Pío IV que manifiesta con frecuencia y energía su preocupación por el inminente peligro. El esfuerzo organizativo que está afrontando el imperio turco es excepcional y demuestra que

Constantinopla se está preparando para una guerra larga y difícil. En las diferentes regiones del imperio se efectúan grandes reclutamientos y las cifras sobre las naves en preparación son impresionantes. Todo esto lleva a considerar plausible la hipótesis de algunos observadores, según la cual Malta podría constituir un falso objetivo mientras que la armada musulmana estaría en realidad apunto de izar velas hacia Italia.

Prescindiendo de las inmediatas intenciones de Solimán, lo cierto era que, caída la isla de San Juan, habría dirigido sus miradas hacia la península. Los ruegos de Pío IV fueron desoídos. En el consistorio del 23 de febrero de 1565, el Pontífice se dirige con acento acongojado a los embajadores a fin de que hagan conocer a los respectivos soberanos la gravedad de la situación. Pero incluso esta exhortación solemne y oficial no produce ningún resultado, y los acontecimientos se precipitan.

Pocos días después, en la mañana del 22 de marzo, en el muelle principal del Cuerno de Oro, Solimán el Magnífico pasa revista al ejército más poderoso puesto en pie de guerra en el curso de su larga carrera de caudillo. Antes de embarcarse, millares de hombres le juran fidelidad hasta la muerte y en las capitales europeas alguien comienza a pensar que se ha infravalorado la amenaza que proviene del Oriente.

Pero, si bien los gobiernos de las potencias cristianas se desinteresaron del peligro, los detalles acerca de la inminencia del ataque eran conocidos desde hacía tiempo por Juan Parisot de la Vallette, cuadragésimo noveno Gran Maestre de la Religión. Nacido en Tolosa en 1494 de antigua y noble familia provenzal, este valeroso soldado dedicó la vida al ideal de la Orden de San Juan y fue protagonista de algunos de los más importantes sucesos de la Orden. Caudillo de gran experiencia, era considerado como uno de los más audaces capitanes de su tiempo. Político atento y sagaz, mantuvo relaciones con todos los soberanos europeos, aun no siendo factible el proyecto, tantas veces discutido, de una alianza entre los estados cristianos que afrontara al enemigo común de manera radical. Menos aún cree en la posibilidad de que alguien venga a ayudarle a él y a sus compañeros en el momento de peligro. Tenía 28 años cuando vivió la dramática experiencia del asedio en Rodas. Estaba convencido de que de Europa llegarían naves y armas para socorrer a los Caballeros empeñados en una batalla combatida en nombre de toda la Cristiandad. Pero pasaban los meses y ninguna vela

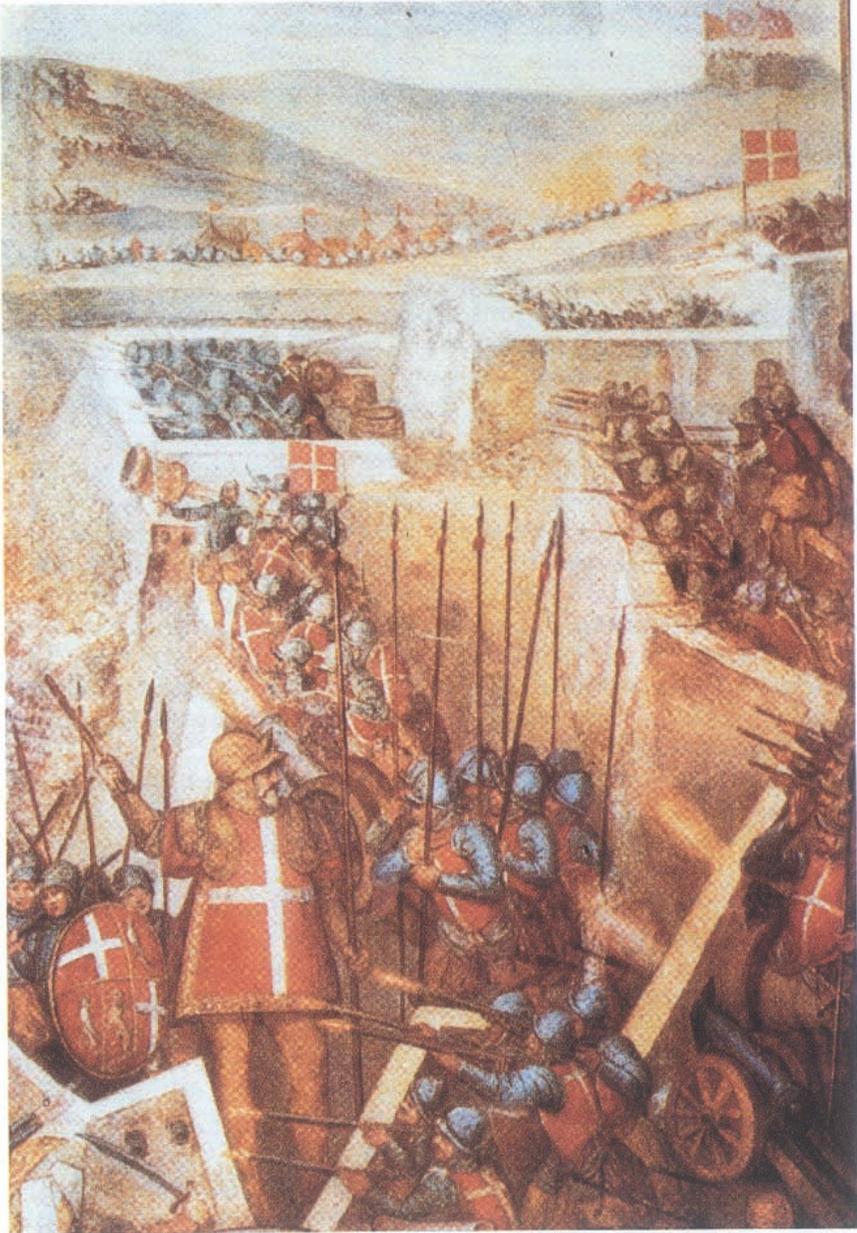
aparecía en el horizonte, mientras día tras día ve morir a sus compañeros. Es una desilusión que va a influir mucho en su ánimo: la indiferencia de Occidente ha mortificado su espíritu caballeresco, induciendo a dudar de las promesas. Este es el hombre que Solimán tiene en frente.

Mientras escruta el mar desde el fuerte San Telmo, el viejo Gran Maestre vuelve con el pensamiento a los sufrimientos padecidos, a las humillaciones soportadas, a las victorias logradas en nombre de la Sacra Milicia. El enfrentamiento en el que va a echar el resto de sus energías, es también el último de su vida. Y esta certeza es la que le hace invencible. No obstante los esfuerzos, le ha faltado tiempo para transformar Malta en una fortaleza inexpugnable, pero ha dispuesto lo necesario para que una posible conquista sea más ardua. Si se puede hablar de que haya algo de pesadumbre por el estado de las obras militares, Juan Parisot de la Vallette está, en cambio, satisfecho de su servicio de información.

Desde hacía tiempo, en efecto, había enviado a Constantinopla a algunos Caballeros con el encargo de proporcionarle continuas informaciones acerca de los movimientos y las decisiones de Solimán. Auténticos agentes secretos, aquellos hombres fueron de gran utilidad no solo para asegurar noticias, sino para dar audaces golpes de mano.

El 19 de enero de 1565, el Gran Maestre recibe un despacho con el anuncio de que la expedición contra la isla está ya decidida para la primavera. La hora tan esperada ha llegado y Juan de la Vallette envía al Gran Prior la orden de movilización de todos los hermanos en estado de combatir. Sabe que no recibirá ayuda y que podrá contar sólo con su gente. En la mañana del 18 de mayo, cuando un cañonazo disparado desde el Fuerte San Telmo anuncia la llegada de la flota enemiga, en las murallas hay ya cuatrocientos setenta Caballeros, mil seiscientos mercenarios españoles e italianos y cinco mil soldados de la milicia maltesa, ciento veinte artilleros y sesenta y siete sirvientes. En el bando opuesto quinientas naves y cuarenta mil hombres. Las fuerzas de tierra están a las órdenes de Mustafá Pachiá, mientras que el almirante Pialí lleva el mando de la flota. Entre los dos las relaciones son tirantes y su desacuerdo ofrecerá diversas ventajas para los asediados.

Al parecer, los turcos no quieren perder tiempo. Después de una serie de incursiones en varios sectores de las fortificaciones, deciden atacar San Telmo. Piensan que tomada aquella plaza fuerte, toda



El Gran Maestre Frey Juan de La Vallette arenga a los Caballeros en los baluartes de Malta.

la isla estará en sus manos. Un error grave de planteamiento estratégico, porque la conquista de la fortaleza va a costar pérdidas gravísimas y no va a comprometer en nada al sistema defensivo. Desde los primeros momentos del asedio, queda claro que los musulmanes tienen confianza sobre todo en el número y la fuerza devastadora de su artillería. El bombardeo de la fortaleza de San Telmo va a durar veintiséis días. Una lluvia de proyectiles, interrumpida de vez en cuando por inútiles cuanto sangrientos intentos de escalada.

El asalto general fijado para la mañana del 16 de junio, se retrasa siete horas. Miles de jenízaros intentan arrollar a un puñado de hombres que se opone a su furia, pero los Caballeros rechazan por dos veces al adversario, obligándole a replegarse dejando sobre el terreno más de mil muertos. Pero también los Caballeros de San Juan han llegado al límite.

Otra jornada de cañoneo y el 22 de junio el enemigo hace un nuevo intento. En el desesperado intento de alcanzar la cima de las murallas, los turcos emplean centenares de largas escalas por las que trepan estimulados por el ensordecedor redoble de los tambores y por las incitaciones de sus jefes. Aunque torturados por el calor, la sed y las heridas, los defensores logran rechazar al enemigo atacándolo con una avalancha de piedras y de fuego. “No hay municiones y no hay Caballero de San Juan que no esté herido”, cuenta un soldado que logra llegar hasta el Gran Maestre, atravesando a nado un brazo de mar.

El 23 de junio, vísperas de San Juan, Patrono de la Orden, es el día indicado para lanzar una nueva ofensiva. Los pocos Hospitalarios supervivientes se confiesan y reciben la comunión. Conocen ya su propia suerte: nadie puede acudir en su ayuda y es inútil esperar la piedad del enemigo. El último duelo tiene lugar en el umbral de la capilla. Y dura pocos minutos. Habiendo destrozado al último adversario, los otomanos plantan sobre las ruinas de la fortaleza, los estandartes de la Medialuna. El baluarte mejor fortificado de toda la isla está en sus manos ¡Pero a qué precio! Han sido necesarios treinta días de combate, 18 mil disparos de cañón y la vida de seis mil jenízaros. Pesadas también la pérdidas de parte cristiana. Ciento siete caballeros y mil quinientos soldados han caído.

Pero todavía queda por conquistar la isla y el heroísmo de los defensores de San Telmo ha galvanizado a los demás soldados de la Cruz. El 30 de junio seiscientos hombres, comprendidos cuarenta y cuatro Caballeros, llegan de Sicilia. Poca cosa respecto al

número de los enemigos, pero su llegada sirve para levantar los ánimos.

Sería largo narrar y enumerar los innumerables actos de heroísmo llevados a cabo por los Hospitalarios y los malteses durante los interminables meses del asedio. Su determinación y su valor sirvieron para salvar a la cristiandad y a la civilización occidental. Hombres provenientes de diversas naciones, dan a Europa, desunida e incierta, un ejemplo de cuán importantes son la fe y un ideal común. En Malta no se estaba desarrollando una de las numerosas batallas entre cristianos y musulmanes, estaba en juego el prestigio militar de los dos bandos. Una partida decisiva entre la Cruz y la Medialuna.

El 15 de julio Mustafá lanza un ataque masivo. Cree haber debilitado, con un interminable bombardeo, la voluntad de los adversarios y cuenta, una vez más, con la aplastante superioridad numérica de los suyos.

Pero los hombres de la Sacra Milicia consiguen resistir, mientras que los turcos, a medida que pasan los días, parecen perder la habitual arrogancia y la seguridad de volver a la patria vencedores. Nuevos intentos de doblegar a los asediados tienen lugar el 2 y el 7 de agosto pero, a pesar de las pérdidas, los cristianos, sostenidos por las exhortaciones y el ejemplo del infatigable Gran Maestre, tendrán una vez más la victoria de su parte. Mustafá no se resigna. Durante todo el mes de agosto su artillería vomita ráfagas de proyectiles contra los puestos enemigos y la mejor infantería turca se deja matar sin obtener ningún resultado. Furioso y desesperado el Comandante de la armada otomana se juega sus últimas cartas. Su gente está ya desmoralizada y agotada. Y a la vez que de Sicilia llegan noticias de la inminente llegada de refuerzos para los asediados, el tiempo empeora. El Almirante Pialí se apercibe que el verano está a punto de terminar y que una borrasca imprevista podría sorprender a la flota fondeada en un mar erizado de escollos. El 23 y el 30 de agosto los últimos intentos para conquistar el corazón de aquella isla, sobre cuyas playas Mustafá estaba seguro de concluir triunfalmente su carrera de caudillo. Todo esfuerzo resulta vano. Embarcado el ejército, diezmado y humillado, los comandantes dan la orden de hacerse a la mar rumbo a Constantinopla donde les esperan la ira y la venganza del Sultán.

El 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de la Virgen y en aguas de Malta están a punto de llegar las naves de lo que será recordado

como el Gran Socorro. Sobre los muros reducidos a un montón de ruinas, ondean los estandartes de la Religión, mientras se cierra uno de los capítulos más gloriosos de la historia del Occidente cristiano. Los Caballeros de San Juan de Rodas y de Malta no sólo han derrotado a la armada del Islam, sino que han humillado la fanática certeza de superioridad de un imperio.

Unos días más tarde, Juan de la Vallette preparará otro golpe contra Solimán. Los agentes secretos, los mismos que le habían tenido constantemente informado de los movimientos del adversario, incendian el arsenal de Constantinopla, una empresa que desmoraliza al viejo sultán, que se siente amenazado hasta en la capital de su propio reino. Pero la victoria no distrae de sus deberes al Gran Maestre y al Consejo. El asedio había demostrado la debilidad de las defensas y era necesario poner remedio tempestivamente. No había que hacerse excesivas ilusiones: antes o después los turcos regresarían para vengarse de la humillante derrota sufrida y era necesario prepararse.

Desde la llegada a Malta, Juan de la Vallette había pensado edificar una gran ciudad en el altiplano que domina la isla. Una idea que ahora finalmente podía realizar. El encargo de diseñar el proyecto fue confiado al arquitecto Francisco Laparelli da Cortona a quien el Gran Maestre concedió muy poco tiempo. El viejo soldado tenía prisa de poner su isla en condiciones de resistir el regreso del enemigo y contagiaba también sus ansias a sus más estrechos colaboradores. Pocos meses después, el 28 de marzo de 1566, en el curso de una solemne ceremonia, el Gran Maestre ponía la primera piedra de la que se convertiría en la ciudad que aún lleva su nombre. Ayudado por un compañero maltés, Gerosalmo Cassar, Francisco Laparelli hará de la capital de Malta un ejemplo de estilo arquitectónico.

Surgen nuevos y espléndidos albergues (*) para las diversas Lenguas, palacios e iglesias y, entre éstas, la Iglesia Conventual de San Juan. Malta cambia de rostro: no es ya solamente la fortaleza de los Caballeros sino un espléndido monumento de arte y de fe. El apasionado cuidado de los Hospitalarios va a transformar una isla árida e inhóspita en una verdadera joya que aún hoy suscita admiración. A la construcción de La Valleta seguirá el arreglo del puerto, la cre-

(*) Edificios donde vivían los jóvenes Caballeros.



Vista de Fuerte Sant'Angelo Centro del sistema defensivo de la Isla de Malta.



Punto desde donde Frey Juan de La Vallette dirigió las diversas fases del largo Sitio.

ación de jardines y potentes y elegantes fortificaciones. Una obra de embellecimiento que será continuada a lo largo de dos siglos y que da testimonio de la continuidad de ideales y de propósitos entre los jefes de la Orden que poco a poco se van sucediendo.

Entre 1657 y 1660 el Gran Maestre Frey Martín de Redin refuerza las defensas con catorce torres y en los años que van del 1660 al 1680, los Grandes Maestres Rafael y Nicolás Cotoner hacen erigir un formidable complejo fortificado que será conocido como “La Cotonera”. El Gran Arsenal de Italia será construido gracias al Almirante Girolamo Salvago y cada Lengua contribuirá a la ornamentación y embellecimiento de su propio albergue y en hacer más suntuosa su propia capilla en la Catedral de San Juan, cuyo pavimento, sepultura de la nobleza europea, constituye una obra de gran valor artístico.

Juan de la Vallette, el heroico vencedor de Solimán, muere el 21 de agosto de 1568. En señal de luto, los astilleros se paralizan durante dos días: el tiempo justo para elegir al nuevo Gran Maestre. Es Frey Pedro Del Monte, Pilier de la Lengua de Italia, que ordena que se reemprenda de inmediato la construcción de la ciudad con renovado empeño.

Mientras en Malta se intensifican los trabajos, en el mar se continúa combatiendo.

Los turcos recuperan pronto su característica osadía: ocupan Chipre y desde esa isla pueden amenazar fácilmente a todos los estados ribereños.

Una nueva insidia que sirve de estímulo a Pío V para convencer al rey de España que ha llegado ya la hora de afrontar con decisión al imperio otomano. Nace una liga de la cual forman parte, además de España, la Santa Sede, el duque de Saboya, el granduque de Toscana, Génova, el Reino de Sicilia y la Orden de San Juan. La batalla tiene lugar en las aguas de Lepanto el 17 de octubre de 1571. Capitaneados por el Prior de Mesina, Frey Pedro Giustiniani, los Caballeros están presentes con tres galeras, pero numerosos Hospitalarios combaten en las naves españolas, pontificias, sicilianas y toscanas. Manda la Armada don Juan de Austria, hermano de Felipe II, rey de España. Las naves del Papa están a las órdenes de Marcantonio Colonna, las de la Serenísima de Sebastián Veniero y de Agustín Barbarigo, mientras que en la almiranta de las naves genovesas se halla Andrea Doria. A esta fuerza se unirá la “Escuadra de los Aventureros”. Una flota de naves armadas por cuenta de algunos genti-

leshombres deseosos de participar en la empresa. El comandante de la flota, don Juan de Austria, confía esta escuadra al conde Vicente Marullo, un patricio mesinés, notable por su valor y por su capacidad marinera, propietario de una de las galeras mejor armadas.

El encuentro es durísimo. La formación cristiana cuenta con 243 naves, mientras que la turca la forman 280. La mandan el Almirante Alí y el Virrey de Argelia, Uluch Alí.

Sorprendido el enemigo al alba, la flota cristiana avanza en el tradicional orden de batalla: una larga línea cuyo centro está comandado por Don Juan de Austria, el ala izquierda por Sebastián Veniero y por Barbarigo, la derecha por Andrea Doria. En el centro, de reserva, sigue una flota a las órdenes del Marqués de Santa Cruz. Delante, ocho galeazas tienen la tarea de sostener el primer asalto.

La flota turca se mueve, en cambio, en una sola línea, sin reservas ni vanguardia. La primera fase del combate resulta favorable a las armas cristianas, pero un error de Doria llega a comprometer el éxito final del enfrentamiento.

Temiendo ser cercado por las galeras de Uluch Alí, el genovés avanza hacia mar abierto dejando completamente descubierto el flanco izquierdo y creando una abertura por la cual se introduce el almirante turco con todas sus naves, atacando el centro cristiano, empeñado aún intensamente en el fragor de la batalla. Salen al paso en aquel tramo de mar las galeras de la Religión, que, aun a costa de grandes pérdidas y corriendo el peligro de ser capturadas o hundidas, logran bloquearle hasta la llegada de la reserva dirigida por el Marqués de Santa Cruz.

Las cifras de la derrota musulmana son impresionantes: 100 naves capturadas, 130 incendiadas o echadas a pique, veinticinco mil hombres muertos y ocho mil prisioneros. Diez mil esclavos cristianos fueron liberados. Herido por cinco flechas, con sus manos todavía marcadas por la dureza de la batalla, Frey Pedro Giustiniani, Prior de Mesina, vuelve a Malta el 3 de noviembre. Como botín de guerra lleva consigo dos naves y la satisfacción de haber contribuido, por cuenta de la Orden de San Juan de Jerusalén, a otra victoriosa jornada de las armas cristianas.

Europa exulta, pero a causa de celos banales, la Liga no llega a disfrutar del éxito y se disolverá poco después. Chipre permanece en manos de los turcos: un error que Venecia y los caballeros pagarán más tarde a caro precio.

CULTURA HOSPITALARIA



a historia de la Orden de San Juan no es solamente una sucesión de batallas. Durante más de dos siglos, después de Lepanto, sus naves continuaron recorriendo los mares. Después, hasta mediados del siglo XVIII, la decadencia del poderío musulmán hará menos apremiantes sus obligaciones militares. Malta se convierte en un estado que trata de igual a igual a las mayores potencias europeas, asumiendo, con el pasar del tiempo, una posición de prestigio y de fuerza que terminará por crear contrastes de varios tipos y fricciones más o menos graves con la propia Santa Sede.

A la Orden no le faltan tampoco ocasiones para ampliar sus propios territorios. En 1652 para adquirir los bienes de un Caballero que había llevado la administración de algunas islas de las Antillas por cuenta del rey de Francia, los Sanjuanistas adquieren en América las tierras de San Cristóbal, San Bartolomé, San Martín y Santa Cruz. Para gobernarlas fue enviado Frey Carlos De Galles, pero muy pronto se decidió enajenar aquellas posesiones que habrían terminado por llevar a la antigua institución caballeresca a situaciones de incomodidad política y moral.

La interminable serie de empresas guerreras y el continuo peligro de ser asaltados en su propia isla no habían distraído a los Caballeros de otro de sus deberes institucionales. Aun en los momentos más difíciles, ellos no olvidaron jamás que eran hospitalarios. Como en Jerusalén, en Tolemaida, en Chipre y en Rodas y en las otras residencias en las que se vieron obligados a permanecer después de la pérdida de Tierra Santa, nunca dejaron de crear y administrar hospitales.

En Rodas se pueden admirar aún las ruinas de la Gran Enfermería y en Malta la parte moderna del edificio destinada a aco-

ger a “los Señores enfermos” suscita admiración y maravilla sea por las dimensiones, sea por su avanzada tecnología. No sólo se van a preocupar de fundar hospitales en las localidades de residencia, sino que en cada casa se tendrá siempre dispuesto lo necesario para que los viajeros y peregrinos encuentren asistencia. Cada hospicio tenía una base económica y era administrado por un grupo de Jerosolimitanos bajo la guía de un Recibidor o de un Caballero Comendador. Un cierto número de Encomiendas constituía un Baliazgo, que se hallaba bajo la jurisdicción de un Balí, mientras que los agrupamientos más importantes formaban un Priorato o un Gran Priorato.

La Religión llegaría a contar en Europa con 22 Prioratos y esto le permitirá disponer de una verdadera red de albergues, de Inglaterra a Sicilia, de Francia a Austria, una organización vasta y compleja que absorbería buena parte de los recursos de la Orden y que estaría presidida por el Hospitalario. Este era uno de los cargos más importantes que, con el tiempo, sería confiado al Pilier de la Lengua de Francia.

A comienzos del Siglo XVIII, en el hospital de Malta actuaban tres supervisores médicos, tres cirujanos, varios médicos y enfermeros. La asistencia a los enfermos era de competencia de los propios Caballeros a los cuales, sobre todo durante el noviciado, se les confiaba por turno esa obligación. Una atención hacia todo lo que se refiere al cuidado y prevención de las enfermedades, que los Sanjuanistas aplicaron también a su flota. En época en que las condiciones higiénicas y no sólo a bordo de las naves se hallaban bastante descuidadas, los buques Sanjuanistas fueron siempre un ejemplo de limpieza. Y era inevitable que la Orden terminase ocupándose de la sanidad también en el ámbito científico.

En 1664 el Gran Maestre Frey Nicolás Cotoner fundaba en la Sacra Enfermería una escuela médica y llamaba a dirigirla a José Zammit, una luminaria de su tiempo, mientras que Frey Antonio Zondadari, Gran Maestre de 1720 a 1722, autorizará por su parte usar cadáveres con fines lectivos. Su sucesor, Frey Manuel de Villena, permitirá al cirujano Henín servirse de ellos para realizar experimentos con sus estudiantes. Y cuando en 1769 el Gran Maestre Manuel Pinto da Fonseca funda la Universidad, ilustres médicos europeos serán llamados a practicar la enseñanza. Será un Gran Maestre, a mediados del Siglo XVIII, quien graduará a la primera mujer médico y le consentirá ejercer la profesión de “cirujano”.

Como buenos marinos los Caballeros dedicaron a los ojos y a la vista atenciones particulares. Será un maltés, José Bart, médico y científico, quien funda en 1765 la primera cátedra de oftalmología en el mundo. Además de atención a los estudios de medicina, se dió gran impulso a la farmacopea y las galeras de San Juan van a ser las primeras en tener en sus tripulaciones un médico y un farmacéutico.

El cambio de los tiempos imponía nuevas estrategias y en 1775 es elegido Gran Maestre Frey Manuel de Rohan. Francés, político y cuidadoso administrador, demostrará ser también un legislador de altura. Sería, en efecto, el compilador del Código que lleva su nombre y que todavía hoy constituye una preciosa y primigenia fuente de derecho melitense. De Rohan reorganizará la flota e instituirá en la Universidad las cátedras de Náutica y Matemáticas. Desde hacía tiempo Malta se había convertido en meta de jóvenes aristócratas provenientes de toda Europa, que aspiraban a convertirse en oficiales de marina. La escuela de Caballeros constituirá una especie de academia de la cual salían los mejores comandantes y futuros almirantes. Francia, sobre todo, confiará a los Caballeros la formación de los cuadros de la propia marina de guerra. El viento del iluminismo y la tormenta revolucionaria que trastorna a Francia, terminan por obligar a la Sacra Milicia a renunciar a aquella política que le había mantenido siempre a la defensiva frente a los contragolpes cuyo origen estaba en los diversos avatares europeos. En 1794 los Estados Unidos ofrecen su protección a la Orden proponiendo asegurarle un territorio en América, pero todo queda en proyecto. También Rusia, Francia e Inglaterra se interesan por la Isla de los Caballeros si bien sus intenciones son en su propio interés. Los nuevos equilibrios internacionales atribuyen a Malta, en efecto, siempre mayor importancia desde un punto de vista estratégico.

El Gobierno de la Orden no ignoraba, ciertamente, los peligros con los que tendría que enfrentarse entrando, más o menos abiertamente, en la esfera de influencia de una determinada nación, pero la situación exigía decisiones y el zar Pablo I de Rusia entabló negociaciones secretas con el Gran Maestre de Rohan para obtener un concordato que habría puesto al Hospital y a su territorio bajo el protectorado de Rusia. El tratado, firmado en Petersburgo en enero de 1797, sancionaba una serie de informes existentes desde hacía tiempo; tanto Pedro el Grande como Catalina la Grande, habían intentado, en efecto, acercarse a los Jerosolimitanos. Estipulado el acuerdo, el soberano pretendió la creación de un Gran Priorato

ruso. Fue el precio de la alianza y el Gran Maestre se vio obligado a ceder.

Frey Fernando von Hompesch, un Caballero de origen alemán, sucede en 1797 a Manuel de Rohan. Su elección lleva a esperar una mayor protección de parte de Austria, pero, en cambio, termina por inducir a Francia a sospechar una mayor influencia austriaca en la Orden. Ni Austria ni Rusia lograrán salvar a Malta de Napoleón.

El futuro emperador de los franceses no puede consentir que otras potencias dispongan de una base naval de aquella importancia y decide adueñarse por la fuerza. La suerte estaba de su parte. La nave que transporta el pliego con despachos que el Zar enviaba al Gran Maestre con los términos del acuerdo secreto, es capturada por un buque francés a la altura de Ancona y los documentos terminan en manos del general corso. Napoleón se muestra indignado y acusa a la Orden de connivencia con Rusia, denunciando una coalición que se estaría formando contra él. Decidido ya a apropiarse de la isla, ordena al almirante Francisco Pablo de Bruyes, que conducía desde Corfú a Tolón los buques requisados a la República de Venecia, forzar el bloqueo y ocupar el puerto de La Valletta. Pero el Gran Maestre reacciona con firmeza e impide que el plan de Bonaparte se lleve a efecto. Al anochecer del 10 de junio de 1798 la flota francesa, en viaje hacia Egipto, se presenta delante de Malta. Napoleón pide al Gran Maestre autorización para entrar en el puerto con el fin de abastecer de agua a sus naves. La respuesta de von Hompesch no se hace esperar: quiere que se respete la neutralidad de la Orden y replica que en base al tratado de Utrecht, en tiempo de guerra entre los estados cristianos, solamente cuatro naves a la vez pueden ser recibidas en los puertos malteses. Napoleón no se deja impresionar y en un llamamiento a las tropas anuncia sus intenciones: “El Gran Maestre nos niega el agua que necesitamos; mañana, al despuntar el día, el ejército desembarcará en toda la costa accesible y la tomará”.

Para los Caballeros son horas dramáticas. A sus espaldas, 1.400 piezas de artillería están listas para hacer fuego y el Gran Maestre tiene a sus órdenes 332 Caballeros. Dispone, además, de 1.200 hombres del Regimiento de Malta, 300 del batallón de desembarco de las galeras, 400 de los buques y la milicia maltesa puede poner en pie 12 mil hombres. Se podría intentar una defensa con esperanza de éxito, pero esto sería una decisión contraria a la Regla: levantar las armas contra otros cristianos.

Se ha hablado de incapacidad y debilidad de parte del Gran Maestre von Hompesch; algunos han insinuado una traición de los Caballeros franceses presentes en aquel momento en Malta, pero es difícil expresar juicios definitivos sobre una situación tan compleja y no hay muchos elementos para sostener ninguna de estas tesis.

En una visión optimista de la historia, la aparición en la escena europea del astro de Napoleón Bonaparte podría ser considerada, desde luego, providencial. La Orden Soberana Militar de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta, tenía ya agotada su misión militar y, en época de exasperados nacionalismos, en su interior comenzaban también a manifestarse contrastes e incomprensiones entre los miembros de las diversas Lenguas. El paso del tiempo y una cierta inmovilidad, iban empañando ya el antiguo esplendor de la Sacra Milicia. Fernando von Hompesch ordena a los suyos no reaccionar y los franceses saquean la isla.

El destino de la Orden se cumple en la mañana del 12 de junio de 1798, el 24 mesidor del año VI de la república francesa. A bordo del buque *Orient*, una delegación de siete Caballeros negocia la rendición con Bonaparte firmando una “Convención” compuesta de ocho artículos. Pocas palabras, para dar fin a los 268 años de historia. Esos eran los transcurridos, en efecto, desde aquel 26 de octubre de 1530, en que Frey Felipe de Villiers de l’Isle-Adam, el heroico defensor de Rodas, había tomado posesión de la isla de la miel. Dos siglos y medio durante los cuales los Caballeros habían dado innumerables ejemplos de abnegación, socorriendo hombres y naciones, príncipes y ciudades y ofreciendo a la causa de la cristiandad un altísimo tributo de sangre. Aparte las formales e inútiles protestas de varios gobiernos, ninguno pareció preocuparse de lo que estaba sucediendo. Ingrata como siempre, Europa se preocupa solamente de establecer a quién va a pertenecer aquel escollo puesto en el centro del Mediterráneo.

EXILIO



esterrado en Trieste, donde establece, bajo la protección del emperador de Austria, la sede provisional de la Orden, Frey Fernando von Hompesch envía a las grandes potencias una protesta por la traición de Napoleón. El general ha violado abiertamente la neutralidad de Malta y afirma que considerará válida siempre su soberanía sobre la isla que le ha sido sustraída por la fuerza. Protesta también por el atropello el rey de Nápoles y Sicilia, pero nada cambia. Sin embargo, el comportamiento de los franceses inducirá bien pronto a los malteses a rebelarse permitiendo así la intervención de las potencias europeas. El mando de las operaciones estará a cargo de los ingleses que, finalmente, ocuparán y se adueñarán de la isla.

Mientras tanto, como era fácil prever, la pérdida de Malta tuvo graves repercusiones entre los miembros de la Orden. Los Caballeros del Gran Priorato de Rusia y los polacos declararon depuesto a von Hompesch y el 7 de noviembre de 1798 eligieron como Gran Maestre al zar Pablo I. La situación puso a la Santa Sede en gran dificultad. El Papa no podía aceptar que un solo Gran Priorato, en forma absolutamente contraria a cualquier regla canónica, depusiese al Jefe de la Orden de San Juan incluso antes de que el predecesor hubiese abdicado. A esto se añadía que, además de no ser católico, Pablo I era casado. Pío VI se negó enérgicamente a reconocer al soberano como Gran Maestre a pesar de que, amenazado por Napoleón, veía en el imperio ruso un posible aliado.

Entre tanto, convencido por la corte de Viena de que la ayuda rusa era necesaria, en julio de 1799 abdicaba von Hompesch. Un paso importante porque aunque no “de jure”, Pablo I se convertía en Gran Maestre “de facto”.

Aunque ortodoxo, el zar respetó la catolicidad de la Orden bajo todos los aspectos y en un momento histórico muy confuso y difícil como fue el provocado por las guerras napoleónicas, terminó por salvar la continuidad histórica de la Milicia de San Juan.

En la noche del 11 al 12 de marzo de 1801, Pablo I fue asesinado en la fortaleza de Michajlovskij, en Petersburgo. Aun garantizando a la Orden su protección, el hijo, Alejandro I, no reclamó para sí el Gran Magisterio y para elegir al sucesor del padre, propuso que cada Lengua designara de su seno algún candidato para someterlo al Pontífice, a quien reconoció el derecho de designar al Gran Maestre. Un procedimiento insólito que, dada la situación, fue aceptado también por los firmantes del tratado de Amiens (1802) que había previsto, entre tanto, la restitución de Malta a los Caballeros.

El 9 de febrero de 1803, Pío VI designó Gran Maestre a Frey Juan Bautista Tommasi, al cual, desde San Petersburgo, el zar le envió las insignias que fueron de su padre. Fijada la residencia en Mesina, como primer acto, Tommasi encargó a su Lugarteniente establecer, con los representantes de las potencias europeas, el procedimiento para la devolución de la isla.

Las esperanzas de los Caballeros de retornar a su antigua patria se mostraron muy pronto vanas. Con el tratado de París de 30 de mayo de 1814, Malta fue definitivamente asignada a la Gran Bretaña y de nada valieron las reclamaciones y las protestas de los delegados de la Orden en los Congresos de Viena y Aquisgrán. Vano también fue el intento realizado por el Congreso de Verona de obtener cualquier otra isla.

El Gran Mestre Tommasi murió en Catania en 1805, donde se había trasladado el Convento. A causa de los acontecimientos bélicos los representantes de las diversas Lenguas se vieron impedidos de reunirse y el Papa autorizó al Consejo Completo a elegir, de acuerdo con la norma de la Constitución, un Lugarteniente del Gran Maestre.

Años difíciles todavía en busca de un arreglo decoroso. Pero finalmente, después de un breve paréntesis en Ferrara, en 1834 el Lugarteniente Frey Carlos Cándida elegía el antiguo palacio Malta, en Roma, que había sido la residencia del representante de la Religión ante el Romano Pontífice. Después de tanto peregrinar, los Hospitalarios llegaban a la capital de la cristiandad, encontrando la solución más lógica a sus numerosos problemas.

La mayor parte de los Prioratos ya no existía y centenares de Caballeros estaban dispersos, sin guía alguna, en diversas naciones. Era

necesario, pues, reorganizar lo antes posible su actividad y demostrar la vitalidad de una institución que, aunque no dispone de un territorio, continúa siendo reconocida como ente soberano por las potencias europeas. Un largo y complejo período de reconstrucción esperaba a los hombres de la Cruz Octagonal, que debía afrontar, una vez más, años de fatigas y de trabajos. Pero, como en Rodas y en Malta, también en la Ciudad Eterna los hijos de San Juan recogerán el glorioso estandarte de la “Sacra Milicia” y reemprenderán el camino de la historia.

ROMA



a obra de reestructuración se inicia con una difícil serie de contactos con los Caballeros que, por diversas razones, habían terminado por no tener relación alguna con el Gran Magisterio. Un primero e importante éxito hacia el retorno a la normalidad había sido obtener, ya en 1816, el resurgimiento del Gran Priorato de Roma: Italia era ya la nación destinada a acoger la sede de la Orden y muy oportuno restablecer los organismos melitenses correspondientes. Gracias a Austria, que nunca había cesado de reconocer la Sacra Milicia como ente soberano y que siempre se había mostrado disponible a intervenir en su defensa, en 1839 se restableció también el Gran Priorato de Lombardía y Venecia logrando recuperar las antiguas propiedades en el Véneto. No fue posible una operación igual en Lombardía, donde los bienes existentes habían sido enajenados por Napoleón. En el mismo período retorna la actividad del Gran Priorato de Nápoles y Sicilia.

En otras naciones la obra de reorganización alcanzaba también resultados positivos. Para renovar y potenciar la estructura periférica, se decidió la abolición de las antiguas Lenguas y la creación de las Asociaciones Nacionales de Caballeros. La primera en fundarse fue la alemana, seguida en 1875 de la británica y en 1877 de la italiana. La voluntad y el empeño demostrados en tiempos en los que, por otra parte, los ideales caballerescos no eran demasiado actuales, indujeron al Papa León XIII a complacer el deseo de los Caballeros de San Juan y a consentirles elegir un Gran Maestre, cargo vacante desde el lejano 1805. El 28 de mayo de 1879, el Pontífice firmaba la bula y autorizaba la elección, y al cargo supremo era llamado el entonces Lugarteniente Frey Juan Bautista Ceschi a Santa Croce.

Otras Asociaciones nacionales entran bien pronto en actividad, asegurando importantes contribuciones a la obra hospitalaria: en 1886 nace la española, en 1891 la francesa y en 1899 la portuguesa. Con el pasar del tiempo, todos los países en los que se hallan presentes grupos de Caballeros darán vida a su propio organismo asociativo hasta llegar a los actuales treinta y ocho. En el ámbito de cada ordenamiento jurídico territorial, la asociación recibe un tratamiento particular que depende, sustancialmente, del tipo de relación existente entre el Estado interesado y el Gobierno Sanjuanista.

Desde su fundación, la Asociación de Caballeros Italianos (ACISMOM), obtiene una serie de importantes reconocimientos que ratifican los otorgados por Italia a la Orden.

Las Asociaciones de Caballeros Italianos de la Soberana Orden Militar de Malta desarrolla su actividad institucional en el campo asistencial mediante la creación, la organización y la gestión de iniciativas tales como hospitales, casas de salud, clínicas, asilos, pabellones sanitarios, ambulatorios, centros antidiabéticos y laboratorios de análisis. Fieles a la vocación hospitalaria, pero sin olvidar su valioso pasado, en el momento de su fundación las Asociaciones se obligan a dar vida, con una serie de convenciones estipuladas con el Ministerio de la Guerra y, sucesivamente, con el Ministerio de la Defensa, a un cuerpo militar que se emplearía en servicios de asistencia en casos de conflicto o de calamidades naturales.

A los Caballeros no les faltarán ocasiones para demostrar la eficiencia de este organismo. En 1908 el terremoto de Mesina utiliza por primera vez el Cuerpo Militar, que responde empleando gran número de hombres y medios.

En 1911, durante la guerra ítalo-turca, la ACISMOM moviliza el Cuerpo Militar y en poco tiempo prepara y equipa la nave hospital "Reina Margarita" que, en el curso de siete viajes, durante los cuales toca los puertos de Trípoli, Derna, Bengasi y Tobruk, reparará 1.162 soldados heridos y enfermos. Durante la primera guerra europea la organización melitense se encuentra también en primera línea. Desde el inicio de las operaciones, cuatro trenes con capacidad para 306 camas cada uno, llenan el vacío de los hospitales en las zonas de guerra. Cuatro convoyes aseguran también asistencia a los cuerpos expedicionarios franceses e ingleses en Italia y al cuerpo expedicionario italiano en Francia. En los 641 viajes realizados, los trenes recorren 483.948 kilómetros transportando 58.784 heridos y 62.232 enfermos. Durante más de cuarenta meses,



Firma del acuerdo entre la Orden y la Republica de Malta relativo a Fuerte St'Angelo (21 Junio 1991)



Pabellón del Hospital de San Juan Bautista de la Magliana (Roma)

ocho puestos de socorro, situados en las posiciones más avanzadas del frente, constituirán los puntos de referencia de una asistencia que contará, al final de las hostilidades, 87.390 prestaciones. Cifra tanto más elocuente si se añade que la ACISMOM organizó y dirigió, en el mismo período, dos hospitales. En 1940 la Asociación de Caballeros Italianos movilizó todos sus servicios sanitarios y puso a disposición del ejército dos hospitales, algunos puestos de socorro y tres convoyes ferroviarios. Setenta y nueve serán los viajes efectuados en Italia, Croacia, Alemania y Polonia, 23.187 los heridos transportados. Un cuarto tren, organizado por el cuerpo expedicionario italiano en Rusia, trae a la patria 2.552 soldados heridos o enfermos. Novecientos soldados en retirada bajo una fuerte tormenta de nieve, van a ser puestos a salvo por el convoy durante uno de los últimos desplazamientos.

El armisticio del 8 de septiembre de 1943 obliga a la ACISCOM y a su Cuerpo Militar a intervenir, no sólo en la zona de operaciones, sino en el territorio nacional sacudido por la guerra civil y en las regiones liberadas. Se amplían los hospitales ya existentes en Roma y Nápoles. En los meses siguientes al armisticio, entran en funcionamiento en la Capital dos hospitales y otros tantos en Turín y en Milán.

Son innumerables los centros de asistencia puestos en funcionamiento en aquellos días dramáticos. Tan sólo en la ciudad de Roma son 34 y para hacer frente a una organización tan vasta, el Cuerpo Militar reclutará, gracias a sus prerrogativas particulares, centenares y centenares de jóvenes que, de esta manera, van a ser sustraídos a la captura y a los campos de trabajo. Mientras Italia era liberada poco a poco, se procede a crear y organizar hospitales para la asistencia de los heridos, ex-combatientes y antiguos prisioneros de guerra. La medalla de oro al Mérito de la Salud, una medalla de plata al Valor Militar, dos de bronce y otros numerosos reconocimientos decoran el estandarte de la Asociación.

La ACISMOM que desde 1986 ha vivido, por voluntad del Gran Maestro Frey Angelo de Mojana, una nueva era de renovación, cuenta hoy con numerosos puestos sanitarios, el más importante de los cuales es el Hospital de San Juan Bautista de la Magliana, para la recuperación de los hemipléjicos. Esta estructura especializada, de las pocas existentes en Italia, está a la vanguardia tanto en el cuidado de los enfermos como en la investigación en este sector. Un complejo en el que la evolución ha sido constante preocupación de la

Oficina de Recaudación del Común Tesoro del Gran Magisterio, la cual ha asistido a los diversos Comisarios que se han sucedido, promoviendo una inversión de ocho mil millones de liras por parte de la Fundación Pergami Belluzzi Baldi. Esta Fundación sigue presente hoy más que nunca en el Hospital San Juan Bautista de la Magliana, que ha querido dedicar a su nombre, los laboratorios de análisis y el departamento de imágenes recientemente creado.

En 1995, basándose en los poderes que se derivan del artículo 179 del Código Melitense, el Recibidor del Común Tesoro ha emprendido también, de acuerdo con el Presidente de la Asociación, Don Giovan Pietro de los Duques Cafarelli, la renovación de los sistemas informáticos actualmente utilizados por la estructura de la ACISMOM, para hacerla compatible y capaz de conectar con los otros organismos sanitarios de la Orden, existentes en el mundo.

La Asociación de Caballeros Italianos dispone, además, de numerosos centros antidiabéticos y, siempre en Roma, administra en la vía Bocca di Leone, en el propio palacio magistral, un Poliambulatorio con el cual tienen relación numerosas organizaciones sanitarias. Desde hace tiempo, el Gran Priorato de Roma ha dado vida a algunos centros para la recolección de medicinas y para la asistencia a los ancianos. Últimamente el Gran Priorato ha desarrollado en su territorio, actividades en favor de los necesitados.

Volviendo a las intervenciones efectuadas con ocasión de guerra y calamidades naturales, los Caballeros italianos y de otras naciones europeas acudieron a Hungría en 1956 en los días de la revolución y de la sucesiva ocupación soviética. Se efectuaron intervenciones en Polesina, afectada por las inundaciones, en Belice, en Friuli y en Hirpinia, en donde se empleará también, con óptimos resultados, el Cuerpo de Socorro Italiano (CISOM), un organismo de intervención urgente de los que muchas Asociaciones habían sido dotadas previamente. El CISOM está integrado en la organización de protección civil italiana.

En Vietnam, han estado presentes los hospitales de campo de la Asociación de Caballeros alemanes y el largo y sangriento conflicto no ha perdonado a los hombres de la blanca Cruz Octagonal que han tenido varios muertos.

La actual organización de la Soberana Orden Militar de Malta no es muy diferente, en sustancia, de la de los primeros siglos. La Soberanía es ejercida por el Príncipe y Gran Maestre que gobierna con el Soberano Consejo compuesto por cuatro altos cargos: el Gran

Comendador, el Gran Canciller, el Hospitalario y el Recibidor del Común Tesoro. A estos acompañan cuatro Consejeros y dos suplentes elegidos por el Capítulo General entre los Caballeros profesos: entre los que han pronunciado los votos de pobreza, castidad y obediencia. El Capítulo General es la asamblea suprema de los Caballeros, convocado normalmente cada cinco años, para elegir a los miembros del gobierno. El Consejo Completo se reúne, en cambio, para la elección del Gran Maestro. Las dos Asambleas están compuestas por representantes de los Grandes Prioratos, de los Prioratos y de las Asociaciones Nacionales. El Gran Maestro tiene el título de Eminencia y de Alteza o de Alteza Eminentísima y es universalmente reconocido como Jefe de Estado al que se rinden honores soberanos.

El Sumo Pontífice designa, como representante suyo, un Cardenal que recibe el título de Cardenal Patrono y que está asistido por el Prelado de la Orden, también designado por el Santo Padre. El Prelado es el superior eclesiástico del clero de la Orden y asiste al Gran Maestro en cuanto concierne a la espiritualidad

La vida y las actividades están reguladas por la Carta Constitucional y por el Código mientras que, eventuales cuestiones jurídicas de particular relieve, están sometidas al parecer de un órgano técnico consultivo denominado Consulta Jurídica. Para las controversias no atinentes al Derecho Canónico y al Foro Eclesiástico, la Orden dispone de Tribunales propios de Primera Instancia y de Apelación, cuyos magistrados son nombrados por el Gran Maestro y por el Soberano Consejo. Una Cámara de Cuentas, en fin, efectúa el control en materia económica y financiera.

La Orden mantiene relaciones diplomáticas, con intercambio de embajadores, con sesenta y cinco estados, algunos de los cuales no son católicos y tiene su propio embajador acreditado ante la Santa Sede. Recientemente ha sido admitida en la ONU como Observador Permanente.

HACIA EL SEGUNDO MILENIO



En el último cuarto de este siglo, la Orden ha ampliado notablemente el radio de acción: desde el ámbito restringido de Via Condotti, ha atraído la atención internacional y sus ideales sanjuanistas han echado raíces profundas en casi todas las regiones del mundo. El cambio debe atribuirse, sobre todo, a aquella gran figura del Gran Maestre que fue Frey Angelo de Mojana di Cologna, quien intuyó, con el cambiar de los tiempos, la necesidad de un proceso de modernización.

El reconocimiento de la República de Malta, la transformación de las Legaciones en Embajadas, el interés por las Organizaciones internacionales, fueron las diversas manifestaciones de una política de altas miras que en 1987, en un momento particular para la antigua institución caballeresca, indujeron al Gran Maestre de Mojana a concebir el diseño de la “Futura Estrategia” en vistas al 2000. En aquella época las organizaciones periféricas habían comenzado ya a advertir la oportunidad de una participación suya más amplia en la vida de la Orden y los presidentes de las Asociaciones se hacían portadores de estas instancias representando la necesidad de encontrarse para confrontar las propias ideas y para unirse en torno a un programa que pudiese, por una parte, interpretar mejor los dictámenes del Concilio Vaticano II y, por la otra, adecuar las estructuras a las exigencias surgidas en los últimos años del siglo. Fue así como Frey Angelo de Mojana, apoyado por esta nueva realidad, en noviembre de 1987 convocó el I Seminario para la Futura Estrategia, confiando la coordinación al Recibidor del Común Tesoro, el Conde Carlos Marullo de Condojanni.

Cuando en diciembre de 1988, fue inaugurado el Seminario, Frey Angel de Mojana había fallecido meses antes y los resultados de aquel encuentro fueron considerados su testamento político. Un testa-

mento que su sucesor Frey Andrew Bertie, el primer Gran Maestro inglés en la historia de la Orden, recogió, no solo presidiendo los trabajos sino promoviendo posteriores profundizaciones de la problemática surgida durante el debate. Mas de cien participantes, provenientes de todas las partes del mundo, identificaron, divididos en grupos de trabajo, los temas de acción futura: la espiritualidad, la obra hospitalaria, la protección civil, la obtención de fondos y la distribución de los recursos, así como el estudio de varios emblemas y de los signos distintivos. Un trabajo largo y complejo que ha llevado a resultados concretos en todos los campos.

En lo que respecta a las comunicaciones, la creación de nuevas publicaciones ha permitido una más amplia difusión de las noticias relacionadas con la actividad de la Orden en el mundo y, por consiguiente, una mayor participación en ella. En lo concerniente a la protección civil, los objetivos alcanzados han sido numerosos: en Italia se ha estipulado un acuerdo internacional entre el Ministro de la Protección Civil y el Gran Canciller Barón Felice Catalano de Melilli, en virtud del cual se ha regulado la relación entre el Estado Italiano y la Orden de Malta en caso de grandes calamidades.

En el campo de la asistencia sanitaria se han dictado directivas precisas: necesidad de una responsabilidad cada vez mayor de las Asociaciones en sus propias actividades, coordinación e intercambio de know-how entre ellas; coordinación de programas de instrucciones específicas, puesta al día e investigación médica; cooperación con organizaciones ajenas a la Orden; robustecimiento de los cuerpos de socorro como medio de reclutamiento e instrumento para mejorar el nivel de formación de los miembros de la Orden. Un particular empeño, en fin, por cuanto se refiere a la ayuda internacional.

A propósito del problema de la obtención de fondos y de la distribución de los recursos, se ha decidido proceder a la colecta de fondos en el ámbito local, regional e internacional. Se ha decidido, además, que cada una de las entidades de la Orden administre sus obras en el territorio de sus competencias con colecta de fondos en el ámbito local y regional y que los proyectos internacionales sean administrados por centros de coordinación que asuman la responsabilidad y conduzcan las realizaciones a su término, utilizando incluso los fondos de los organismos nacionales e internacionales.

Respecto a los emblemas, ha surgido la necesidad de establecer cuáles son las insignias que pueden y deben ser usadas por las embajadas y por varias entidades melitenses, para dar una imagen externa única de la Orden.

Un Seminario, pues, que ha permitido estudiar las diversas realidades melitenses y establecer la líneas de acción.

En el programa de las "Futuras Estrategias", figura también el acuerdo entre la Soberana Orden y la República de Malta, firmado en el Fuerte Sant'Angelo el 21 de junio de 1991, por el entonces Ministro del Exterior, Hugo Mifsud Bonnici, que es hoy Presidente de la República de Malta y del Conde Carlos Marullo de Condojanni, Recibidor del Común Tesoro, hoy Gran Canciller de la Orden, el cual prevé el uso exclusivo por parte de la Orden, por cincuenta años, de la residencia magistral y de la iglesia de Santa Ana en el Fuerte Sant'Angelo y de algunas de sus pertenencias. El alcance de este acuerdo es doble: por una parte la idea del retorno a la isla a la cual los Caballeros han dado, en el curso de los siglos, tanto prestigio, haciéndola base de la defensa de la Fe en el Mediterráneo y, por otra, la oportunidad para la creación de un complejo en el cual promover la educación espiritual y moral de cada uno de los Caballeros y cuidar de la formación de los futuros cuadros dirigentes. Por expresa voluntad del Gran Maestro, se han iniciado recientemente negociaciones con el Gobierno maltés para alcanzar una mayor presencia institucional de los Caballeros en la Isla.

En la óptica de la renovación se ha incluido también la reforma de la Carta Constitucional y del Código, para uniformarlos con los dictámenes del Vaticano II y del nuevo Código de Derecho Canónico. Una revisión sugerida también por la necesidad de resolver muchas problemáticas surgidas en relación con la interpretación de las normas actuales y de reorganizar las estructuras, puesto que la central no parece la más adecuada para afrontar los acontecimientos que han tenido lugar en los últimos años con la caída del muro de Berlín y con los mayores compromisos derivados de ello respecto a los países del Este europeo. Se añade la oportunidad de revisar los cuadros para mejorar la organización interna y externa de la Orden.

Para preparar precisamente propuestas de modificación a los dos documentos, el Gran Maestro creó una comisión presidida por el Conde Carlos Marullo di Condojanni, el cual ha presentado los resultados de su propio trabajo con ocasión del Segundo Seminario para las Estrategias, celebrado en Malta en diciembre de 1993. Entre los temas tratados, cuatro fueron los más importantes: las relaciones entre la sede central y los entes melitenses, la estructura de las clases, la posición de las Damas, el carisma y la imagen de la Orden.

El primero de estos puntos ha puesto en evidencia la exigencia de todos los organismos de realizar contactos y comunicaciones más

estrechas con el gobierno de la Orden en Roma y con sus diversas oficinas y sus organizaciones. En lo referente a la estructura de las clases, se han promovido modificaciones que permitan a un número de Caballeros cada vez mayor el participar en la vida de la Orden. En cuanto a las Damas se ha propuesto, además, una mayor presencia de la mujer. La Comisión, en todo caso, ha reafirmado el carácter nobiliario de la antigua institución y su empeño laico para la “tuitio Fidei” y el “obsequium pauperum”.

El programa de las “Futuras Estrategias” ha concluido con el Capítulo General celebrado en Roma en abril de 1994, durante el cual se presentó el inventario general de los bienes de la Orden y se examinaron las resoluciones elaboradas por el grupo de trabajo del Seminario y las conclusiones a las cuales había llegado la Comisión para la reforma de la Carta Constitucional y del Código. Dada la delicadeza y la complejidad de los temas y con el fin de discutir y aprobar las modificaciones de los Estatutos, el Capítulo decidió convocar para el año 1996 un Capítulo General Extraordinario.

Las Estrategias y la reforma de la Carta Constitucional y del Código sugieren, pues, un panorama más vasto y complejo que nunca y que pone en evidencia las exigencias de un organismo internacional en continua, constante expansión. En este marco ha tenido particular importancia para la Orden el obtener el status de Observador Permanente ante la Asamblea General de las Naciones Unidas. El escaño ha sido inaugurado el 26 de septiembre de 1994. Con ocasión de la sesión de apertura, el Príncipe y Gran Maestre Frey Andrew Bertie ha enviado como representante de la Orden al Conde Carlo Marullo di Condojanni, quien el 19 de septiembre de 1996 fue designado Embajador y Observador Permanente ante la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Un reconocimiento este, que, además de dar prestigio a la antigua institución caballeresca, le será de ayuda en sus misiones hospitalarias y le dará la posibilidad de establecer lazos más estrechos con los organismos internacionales presentes en las Naciones Unidas.

Ello supone un nuevo desafío que lanza la Orden en los umbrales del 2000. Un desafío en el cual todos los Caballeros de San Juan están llamados a participar, para que no sean defraudadas las expectativas sobre la Misión de los Caballeros de Malta. Que la Santa Virgen del Filermo y San Juan Bautista guíen los pasos del Gran Maestre Frey Andrew Bertie y de sus colaboradores, a fin de que la Sacra Milicia conserve intactos aquellos ideales de fraternidad y de altruismo que han inspirado su acción a través de diez siglos de historia.

El Barón Marcello Maria Marrocco Trischitta murió prematuramente el 29 de febrero de 1996. La Baronesa Paola Marrocco Trischitta, Dama de Honor y Devoción, ha considerado útil integrar el texto de la primera edición con el siguiente apéndice.

APÉNDICE



En los umbrales del Tercer Milenio, bajo el impulso de S.A.E. el Príncipe y Gran Maestre Frey Andrew Bertie, la Orden ha entrado en una nueva fase de desarrollo y de lanzamiento de las propias iniciativas diplomáticas, asistenciales, culturales y religiosas.

La obtención del status de Observador Permanente en la Asamblea General de la ONU ha permitido a la Orden aumentar el número de sus relaciones diplomáticas bilaterales que en estos momentos son mantenidas con 89 Países.

En campo humanitario, la capacidad organizadora de las 44 Asociaciones Nacionales ha producido la multiplicación de los Cuerpos de Socorro y de las misiones internacionales sobre todo en el dramático escenario de Europa Oriental. La Asociación Italiana, en particular, se ha distinguido en la ayuda a la población de Mostar, mientras que los voluntarios de la Asociación Alemana, por su parte, están en primera línea tanto en la acogida como en la asistencia de los prófugos de guerra del Kósovo, después de haber prestado su preciosa ayuda en el Zaire y en Irak.

El Gran Magisterio, gracias al empeño del Gran Canciller, Conde Carlos Marullo di Condojanni y del Gran Hospitalario, Barón Albrecht von Boeselager, se ha hecho promotor de importantes y prestigiosas iniciativas. Con ocasión de la visita del Gran Maestre a Cuba, la Orden ha donado a la Caritas Cubana medicinas e instrumental médico por un valor de 8 millones de dólares. Han sido erogados otros fondos en favor de los ciegos de América Latina, y ha sido firmado un acuerdo con la Universidad de San Pablo de Brasil para financiar la investigación en campo oftalmológico. Además, en colaboración con la Asociación Española, ha sido financiado en Guinea Ecuatorial un proyecto para la prevención y el tratamiento de la Oncocercosis, una parasitosis grave y endémica en

Africa ecuatorial y en América del Sur, que representa una de las cuatro causas principales de la ceguera en el mundo. Por último, el Hospital de Belén, orgullo de la Orden, ha sido ampliado y modernizado.

En el ámbito del renovado interés de la Orden por los aspectos culturales de su historia, ha sido creado un museo de los Caballeros en la Isla de Rodas; y en 1998, en la sede extra territorial del Gran Priorato de Roma en el Aventino, ha sido instalada una muestra de las obras de Piranesi que ha asumido las características de un evento internacional atrayendo más de 43.000 visitantes. La Orden ha promovido también numerosas exposiciones internacionales entre las que ha adquirido una relevancia especial la muestra organizada en Palma de Mallorca, inaugurada por el Gran Canciller en presencia de S.M. el Rey de España. En esa ocasión el Soberano subrayó los vínculos de amistad que unen la Orden a la Nación Española, consolidados recientemente con la participación de S.A.E. el Gran Maestre en las celebraciones del quingentésimo aniversario del nacimiento de Carlos V, que tuvieron lugar en Toledo en presencia de los jefes de estado europeos. Por último, los recursos económicos de la Orden han permitido, por primera vez desde hace muchos años, invertir de nuevo en la salvaguardia del patrimonio artístico de la Institución, dando lugar a la restauración de la sede histórica del Palacio Gran Prioral de Venecia y completando la del Palacio del Gran Maestre en el Fuerte del Santo Ángel, en Malta. El antiguo castillo de los caballeros es en la actualidad sede de la Academia Internacional Melitense, instituida en 1999 con el fin de promover iniciativas culturales dirigidas a conservar la memoria histórica de la Orden.

Por lo que concierne a los Asuntos Internos, el Capítulo General Extraordinario de 1997 aprobó la reforma de la Carta Constitucional y del Código que entró en vigor el 27 de enero de 1998. Este evento representa un cambio epocal para la Institución, al mismo tiempo Orden religiosa de la Santa Iglesia Romana y ente soberano, independiente y en posesión de personalidad de derecho internacional.

El Año Jubilar, que celebra el noveno siglo de vida de la Orden, fue abierto en Malta el pasado 5 de Diciembre de 1998 por el Gran Canciller, quien había recibido del Gran Maestre el encargo expreso de coordinar las celebraciones. En esa ocasión se alcanzó un nuevo acuerdo con el gobierno maltés, cuya ratificación ya se

ha realizado, para la concesión de la Fortaleza del Santo Ángel por 99 años, gozando de extraterritorialidad y otros privilegios, incluida la posibilidad de mantener dentro de la Fortaleza un pequeño cuerpo en uniforme con fines de vigilancia y seguridad.

La bandera de la Orden que ondea sobre aquellos antiguos bastiones recuerda también a los turistas más distraídos que los caballeros de San Juan han vuelto a la isla. Mientras tanto en otra isla, en la lejana Manhattan, la Orden es llamada a participar en el “Millennium Summit” que reúne a los grandes de la tierra en el Palacio de cristal de Nueva York.

* * *



Albania Mayo 1999. La bandera de la Orden de Malta ondea sobre el Hospital de campaña instalado por sus organizadores internacionales



El Gran Maestro con los Jefes de Estado Europeos, reunidos en Toledo para las celebraciones del quinto centenario del nacimiento de Carlos V.



Participantes en el “Millennium Summit” de la Asamblea General de la ONU



Sus Majestades, los Reyes de España, Don Juan Carlos y Doña Sofía junto con el Conde Don Carlo Marullo di Condojanni, Gran Canciller de la Orden, durante la inauguración de la exposición organizada en Palma de Mallorca

PRESIDENTES
DE LA ASOCIACIÓN DE CABALLEROS ITALIANOS

S.E. Chigi della Rovere Albani Principe Don Mario	1877-1914
S.E. Colonna Don Prospero, Principe di Sonnino	1915-1922
S.E. Thaon di Revel Grande Ammiraglio Duca Don Paolo	1922-1922
S.E. Colonna Don Prospero, Principe di Sonnino	1923-1937
S.E. Nomis Generale Mario, Conte di Cossilla	1937-1942
S.E. Antici Mattei dei principi Gen. Marchese Don Francesco	1942-1945
S.E. Ruffo Don Rufo, Principe Della Scaletta	1945-1955
S.E. Caffarelli dei Duchi Don Filippo	1955-1957
S.E. del Balzo Conte Don Giulio, dei Duchi di Presenzano	1979-1984
S.E. Colonna Don Francesco, Duca del Garigliano	1984-1986
S.E. Colonna Don Francesco, Duca del Garigliano	1987-1989
S.E. Caffarelli dei Duchi Don Giovan Pietro	1994-1997
S.E. Massimo Don Carlo dei Principi	1999

COMISARIOS MAGISTRALES
DE LA ASOCIACIÓN DE CABALLEROS ITALIANOS

S.E. di Napoli Rampolla Don Enzo, Principe di Resuttano	1957-1963
S.E. Theodoli Don Ugo dei Marchesi di S. Vito e Pisoniano	1963-1974
S.E. Colonna Principe Don Aspreno, Principe di Paliano	1974-1976
S.E. del Balzo Conte Don Giulio, dei Duchi di Presenzano	1977-1979
S.E. Marullo di Condojanni Conte Don Carlo P.pe di Casalnuovo	1986-1986
S.E. Ruspoli Don Galeazzo, Duca di Morignano	1986-1987
S.E. Ussani d'Escobar Barone Gabriele	1989-1992
S.E. Arditi Nobile Carlo dei Marchesi di Castelvetero	1992-1994
S.E. Caffarelli dei Duchi Don Giovan Pietro	1997-1998
S.E. Ruspoli Don Sforza, dei Principi di Cerveteri	1999-1999

ÍNDICE

Presentación	page 3
Introducción	» 5
Palestina	» 7
Rodas	» 13
Sin Hogar	» 27
Malta	» 31
Cultura Hospitalaria	» 43
Exilio	» 49
Roma	» 53
Hacia el Segundo Milenio	» 59
Apéndice	» 63

Marchesi Grafiche Editoriali S.p.A.
Via Bomarzo, 32 - 00191 Roma

Roma 2001



Michael Stood

1200-1250 AD. First of a series of twelve water colours ordered by
 H.E. the Right Grand Cross of Obedience Grand Tenants Marullo di Casagom.
 Prince of Casolmaso, Receiver of the Common Treasure, to Richard II King of Sicily.
 A copy has been donated to the Museum of the Sovereign Order of Rhodes, re-novatus.
 Historical research by Marquis Anthony Balligies di Tro.

Caballeros de San Juan. Acuarela exhibida en el museo de la Soberana Orden en Rodas.